

Selección
TERROR

ADA CORETTI

CEPO MORTAL

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

394 — En estado de muerte, *Lou Carrigan*.
395 — Satán deja su huella, *Clark Carrados*.
396 — ¡Devuélveme mi cabeza!, *Adam Surray*.
397 — Regresa a tu sepulcro, *Ralph Barby*.
398 — Terror en el Lago Negro, *Joseph Berna*.

ADA CORETTI

CEPO MORTAL

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 399
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 26.087 - 1980
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: octubre, 1980

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

CAPITULO PRIMERO

A todos se les puso la carne de gallina, cuando recibieron la noticia de que Paul Moore había fallecido. O mejor dicho, cuando recibieron la notificación del notario, en la que les hacía saber que, siguiendo los deseos del propio fallecido, su testamento sería leído instantes después de haberse llevado a cabo el entierro.

Su contenido sería dado a conocer en el despacho-biblioteca de la mansión en la que hasta entonces viviera el aludido Paul Moore. Mansión enorme, inmensa, inacabable, que quizá hubiese resultado hermosa a no ser por el lugar en que se hallaba.

Se hallaba situada en Fostermann, en un lugar brumoso, cargado de niebla, donde abundaban los lagos pantanosos, traicioneros. Donde una persona podía caer y desaparecer brevísimos instantes después.

Todos los que recibieron la notificación del notario, eran sobrinos de Paul Moore, hijos de sus dos hermanos ya fallecidos.

Melissa y Diana, hijas de su hermano menor, dos muchachas bastante parecidas físicamente, aunque totalmente distintas de temperamento.

En cuanto a Michael, Bernard y Dennis, hijos de su hermano mayor, no se parecían ni siquiera físicamente. Por lo demás, siempre había habido entre ellos un extraño e inevitable antagonismo.

Sí, a todos ellos se les puso la carne de gallina al recibir la notificación del notario. En mayor o menos medida sucedió así.

Ni los unos ni los otros podían olvidar lo acaecido seis meses atrás...

Habían recibido carta de Paul Moore, invitándoles a pasar un día con él y con Marta, su esposa. En su mansión de Fostermann.

Todos se presentaron cordiales, amables, de muy buen humor. Adivinaban ya, o poco menos, el verdadero motivo de aquella invitación.

El propio Paul Moore, desde luego, no había de tardar en comunicarles de que se trataba.

Lo hizo cuando estaba ya en los postres, y cuando habían sido ya descorchadas varias botellas de champán.

—Tengo una fortuna de quinientas mil libras —les hizo saber, lo que, por otra parte, sus sobrinos ya sabían—, fortuna que como es lógico y natural, tenía intención de legar íntegramente a Marta, mi querida esposa...

Esta, a un lado de la mesa, sonreía suavemente. Era una mujer de unos cuarenta y cinco años, pequeña, frágil, rubia, distinguida, con unos bonitos ojos claros. Una mujer que contrastaba enormemente con el aspecto de su marido, que tendría unos sesenta y ocho años, y era alto, corpulento, rudo, con ojos intensamente oscuros.

—Pero Marta —continuó diciendo Paul Moore en aquella ocasión— acaba de heredar de su abuelo materno, como ya sabéis, más de trescientas mil libras. Así que mi buena esposa me ha dicho: «Ya no tienes porque pensar en

mí. Tus quinientas mil libras puedes legarlas a tus sobrinos... Sí, querido, haz testamento a favor de ellos...». Y sí —ratificó Paul Moore— es lo que he hecho ya... Os he invitado para pasar un día aquí, para hacéroslo saber. Supongo que os interesará la noticia, más aún sabiendo que mi salud no es muy buena...

Instantes después, sus cinco sobrinos, uno tras otro, se habían levantado de sus respectivos asientos y se habían acercado a él para decirle:

—Gracias tío Paul. Eres muy bueno —y así mismo habían añadido—: Gracias a ti también, tía Marta.

Se dispusieron a beber el champán, que hacía unos minutos reposaba en las copas.

Pero antes de hacerlo, tía Marta sonrió y dijo a su esposo:

—En tu copa hay más champán, querido. Te la cambio por la mía...

Así lo hizo, haciendo reír a los comensales, pues ya era sabido por todos que a tía Marta le gustaba el champán.

Brindaron.

Parecía que todo iba por cauces completamente normales.

Pero, de pronto, tía Marta exhaló un gemido... Un gemido horrible, espeluznante, mientras se llevaba las manos al estómago y en su rostro aparecía un gesto de vivísimo dolor.

—¿Qué te sucede...? —se asustó Paul Moore, que siempre había amado y seguía amando fervorosamente a su esposa.

Esta no respondió, y tras dar un violento respingo, cayó hacia atrás derrumbando aparatosamente la silla. Y entonces quedó en el suelo, dando horribles sacudidas, azotada toda ella por pavorosos estremecimientos.

Empezó a sacar sangre por la boca, por la nariz y por los oídos. Seguía gimiendo, al tiempo que abría mucho ¡os ojos. Unos ojos que ponía completamente en blanco.

Tras un par de minutos de gritar de dolor, retorciéndose pasto de terribles espasmos, tía Marta quedó quieta, inmóvil. ¡Muerta!

En cuanto le hicieron la autopsia, se supo exactamente lo que había sucedido. Había muerto envenenada. Alguien había echado un contundente y casi fulminante veneno en su copa de champán.

El asesino, pues, había puesto el veneno en la copa de Paul Moore. Sólo que Marta, al cambiar las copas, había cambiado así mismo el destino de sus vidas.

Y sí, ahora al recibir la notificación del notario, los cinco sobrinos del recientemente fallecido Paul Moore, no podían menos de recordar lo sucedido aquel día, unos seis meses atrás.

No podían menos que recordarlo y estremecerse hasta la médula de sus respectivos huesos.

Porque resultaba claro y evidente, que quien había echado el veneno en la copa de champán de Paul Moore, era uno de ellos. Al levantarse para besarle y agradecerle su testamento, no cabía duda, aprovechó la ocasión. Una

ocasión, que por lo visto, debió de parecerle inmejorable.

Y ahora, seis meses después, esa ocasión se convertía en algo así a una pesadilla y parecía abatirse sobre todos ellos como una siniestra y maquiavélica maldición.

CAPITULO II

Los primeros en llegar a la mansión, fueron los sobrinos Bernard, Michael y Dennis. Llegaron en pleno días, pues los tres coincidieron en opinar que era mejor hacerlo cuanto antes, la oscuridad no resultaba grata por aquellos alrededores.

El perfil de la mansión, se les antojó más tétrico que en anteriores ocasiones, posiblemente porque el recuerdo del pasado daba al traste con todo el optimismo que pudieran sentir.

Un optimismo que en realidad no sentían, pues aunque se trataba de ser leído un testamento y de ser ellos los únicos cinco sobrinos del difunto, nada les hacía concebir esperanzas.

Sin embargo, una vez dejados atrás los lagos pantanosos, ya ante la puerta principal de la mansión, Dennis lanzó un suspiro de alivio. Era como si en el fondo, se hubiera estado temiendo que las aguas cenagosas, ya sin más, les tragarán apenas le vieran aparecer por allí.

No muchas horas después, llegaron las dos sobrinas, Melissa y Diana. Esta última dando muestras, al parecer al menos, de que todo aquello no le afectaba lo más mínimo.

—Pues yo estoy impresionada —reconoció Melissa—. Sólo sé recordar lo sucedido hace seis meses...

—Olvídalo ya —le dijo su hermana, encogiéndose de hombros—. No vamos a pasarnos la vida pendientes de aquel hecho.

—Aquel hecho —puntualizó Melissa— lo llevó a cabo uno de nosotros. Supongo que habrás llegado a tal deducción después de este tiempo.

—Sí, claro —admitió Diana. Y bajando la voz—. Ya conoces a nuestros primos, siempre han sido terriblemente ambiciosos.

—Quizá eso mismo piensen ellos de nosotras —dijo Melissa—. Les asiste el mismo derecho a desconfiar.

—De mí, puede —aceptó Diana— pues reconozco que soy un poco materialista. Pero de ti no desconfiará ninguno de ellos, estate tranquila. Tú eres buena como un ángel, y lo saben.

Hicieron sonar el aldabón, y al poco oyeron como rechinaban los goznes, viendo como se entreabrían las puertas. Se dejó ver el mayordomo.

El nuevo mayordomo, pues éste de ahora no se parecía en nada al anterior. El que ahora aparecía ante sus ojos, era un hombre alto, fuerte, pero jorobado. Tan jorobado que su espalda contrahecha y deforme era lo primero que se veía y se miraba.

—Somos sobrinas del difunto señor Moore —dijo Diana, reaccionando antes que su hermana.

—Lo sé, lo sé... —asintió el mayordomo—. Son iguales a las fotografías que tenía de ustedes el señor... Pasen, por favor...

Se adentraron en el vasto vestíbulo, de cuyo alto techo pendía una inmensa

lámpara de cobre, con tantos brazos que semejaba una monstruosa araña.

A la derecha del vestíbulo, entre dos impresionantes armaduras de hierro, se hallaba la puerta del despacho-biblioteca, la estancia en la que había hileras inacabables de libros, donde refulgía en la chimenea una crepitante fogata y donde se hallaban, por aquí y por allá, cómodos y mullidos sillones.

—Sus primos Bernard, Michael y Dennis ya ha llegado... —les hizo saber el mayordomo.

Diana se había quedado fijamente mirando al sirviente. Decidida y desenvuelta por temperamento, no quiso quedarse con las ganas de preguntar.

—¿Desde cuándo ocupa usted el puesto de mayordomo en esta casa?

—Desde no hace mucho, señorita Diana —y añadió—. Supongo que le extraña que fuera aceptado, ¿verdad?

Diana no respondió, un poco violenta, aunque no mucho, ante lo directo de la pregunta.

Y el mayordomo tras una breve pausa volvió a hablar.

—Me refiero a mi aspecto físico... Pero sépalo, señorita Diana, si fui aceptado fue precisamente por eso, por mi joroba... Así al menos me lo dijo el propio señor Moore... A propósito, mi nombre es Peter... Quedo a la entera disposición de ustedes.

—Gracias, Peter.

—¿Y mi tío...? —Intercaló Melissa, más sentimental que su hermana—. ¿Dónde está?

—En su habitación —repuso el mayordomo, con expresión, sino apenada, si al menos de circunstancias—. Está dentro del ataúd. Antes de una hora será el entierro.

—¿Puedo subir a verle...? —preguntó Melissa.

—Ya irás luego, mujer —la detuvo Diana, cogiéndola por el brazo—. Vamos a saludar antes a nuestros primos.

—Prefiero ir primero a ver a mi tío... —insistió Melissa, y separándose de su hermana se dirigió hacia la escalera.

Diana la dejó hacer, pero no la siguió. Por lo visto no la atraía lo más mínimo ver muerto a su tío. Tal vez porque siempre le había impresionado mucho la muerte.

También le impresionaba a Melissa, ésta es la verdad. Pero Melissa siempre había querido a su tío Paul y no podía concebir la idea de no ir directamente a verle. Además, sentía la necesidad de estar ante su presencia y rezar un poco por él.

Así lo hizo, mientras sus ojos azules, de buena e ingenua muchacha, se llenaban de lágrimas ante aquel rostro lívido, afilado, donde la muerte había paralizado todo movimiento. Ante aquel cuerpo, cuyas manos, una colocada encima de la otra, parecía dar la sensación de una paz y de una serenidad que no existían en modo alguno en los ojos velados, turbios, sin vida, que se asomaban entre los párpados un tanto abiertos.

Salió relativamente pronto de la habitación, en la que en aquellos

momentos no había nadie más en ella. Sólo ella y el muerto. Y los muebles de siempre, de caoba, sobrios, regios. Y las fotografías de siempre. Casi todas de Marta, su esposa. Aunque también estaban las de ellos, los sobrinos.

Al bajar del piso, por la ancha y alfombrada escalera, se cruzó con otro de los sirvientes. También era nuevo en la casa, ella nunca lo había visto hasta entonces. Era, lo mismo que el mayordomo, alto, fuerte y jorobado.

Melissa se estremeció.

Aquello empezó a no gustarle nada. Fue como una corazonada. Como un presentimiento. Como algo que se experimentaba vivamente, aunque sin saber exactamente por qué.

Hizo un esfuerzo, no acusó la sensación que acababa de experimentar, y siguió bajando las escaleras.

Instantes después entraba en el despacho-biblioteca, donde otro sirviente, en una bandeja de lustrosa y brillante plata, estaba sirviendo whisky a los allí reunidos.

Casi se tambaleó al ver que ese nuevo sirviente tenía el mismo defecto físico que los otros. Era jorobado... Aunque éste lo era aún más, mucho más que los otros dos.

¿Qué había pretendido su tío con aquello? Sin duda se trataba de una broma macabra, que, no obstante, tendría sin duda su finalidad. Había que pensarlo así, conociendo la personalidad definida y acusada de su tío Paul Moore.

La muchacha, tras respirar hondo, se adentró en el despacho-biblioteca. Sus tres primos, Bernard, Michael y Dennis se levantaron gentilmente para saludarla.

—Cuanto tiempo sin vernos, ¿verdad?

—Encantado de saludarte, Melissa.

—Estás muy guapa.

Los tres se mostraron amables y simpáticos. Lo eran. Siempre lo habían sido. Sobre todo Dennis, alto, buen tipo, muy guapo. Verdaderamente guapo.

—¿Te apetece un whisky? —ofreció Bernard.

—No, gracias. En otro momento.

Bernard se volvió hacia el sirviente, que seguía con la bandeja de plata.

—Puedes retirarte —le dijo entonces, si bien, antes de que se alejara, le preguntó—: ¿Cómo te llamas?

—Robert, señor.

Ya a solas, Michael, el que físicamente valía menos de los tres hermanos, ya que era pequeño y delgado, ciertamente muy poca cosa, fue quien habló primero.

—Todo esto no me gusta...

—¿A qué te refieres? —le preguntó su prima Diana.

—A todo en general, y a estos tres sirvientes en particular... —aclaró—. Los tres son jorobados... Esto es absurdo, ridículo, por calificarlo de alguna manera... ¿No opináis lo mismo?

—Yo sí —dijo Bernard, que era bastante desgarbado—. Parece como si tío Paul hubiera pretendido, de buenas a primeras, dejarnos helada la médula de los huesos.

—A mí lo que me gustaría saber —ironizó Dennis—, es lo que realmente pretendió tío Paul... Porque con su testamento nos ha reunido aquí, y debe ser por algo...

—Para legarnos su fortuna —dijo Diana—. Somos sus sobrinos, ¿no? Pues lo lógico es que nos deje su dinero. Yo lo veo así.

—Creo que pecas de optimista —repuso Bernard—. Tío Paul tenía una idea metida en la cabeza, como una obsesión... Como una obsesión diabólica... Una idea que es fácil de adivinar.

—Sí, claro —asintió su hermano Michaels—, Tío Paul estaba convencido de que uno de nosotros cinco envenenó a su esposa. Creyendo eso, ¿cómo vamos a esperar que nos deje su fortuna y que, sin más, podamos regresar tranquilamente a nuestras casas?

—Algo más debe haber... —admitió a su vez Melissa, interviniendo en la conversación por primera vez.

—Tú puedes ser la única que escape de la encerrona —dijo Bernard—. Porque esto tiene todas las trazas de ser eso, una encerrona... Quiero decir —puntualizó—, que a ti, Melissa, el tío te distinguía con más cariño que a los demás.

—Sí, es cierto —asintió Diana—, a mi hermana la quería. No debe extrañarnos, porque lo cierto es que Melissa es la más buena de nosotros, y no lo digo porque sea mi hermana, sino porque es la verdad...

—Tampoco creo que ninguno de nosotros sea malo —puntualizó Michael—, ni que merezcamos ningún castigo. Has pronunciado las últimas palabras, Diana, como queriendo dar a entender que... —pero dejó la frase sin concluir.

—No he pretendido dar a entender nada —dijo la muchacha—. Pero sabemos que lo que sucedió a tía Marta tuvo que hacerlo... —tampoco ella concluyó la frase.

—Yo nunca he podido creer —repuso Dennis— que alguno de nosotros fuera capaz de semejante monstruosidad.

—Lo malo no es lo que tú puedas o no creer —añadió Bernard— sino lo que pudiera creer nuestro tío Paul. Por lo que, en consecuencia, no me espero nada buena de su testamento.

—Un testamento que, en otras circunstancias, sería como para hacer la boca agua a cualquiera —dijo Michael—. ¿A cuánto debe ascender su fortuna?

—Quinientas mil libras tenía tío Paul antes de la muerte de su esposa —recordó Melissa—. Esta acababa de heredar trescientas mil libras. En total, unas ochocientas mil libras.

—Que repartidas en cinco partes iguales —apuntó Dennis, el guapo de los tres hermanos—, tocan a...

—Dejémonos de matemáticas por el momento, es lo más acertado,

creedme —observó Bernard—. Luego del entierro, cuando nos sea leído el testamento, sabremos a qué atenernos y entonces será el instante adecuado de...

Dejaron interrumpida la conversación al llegar a este punto. El mayordomo, Peter, acababa de aparecer en el dintel de la puerta.

—El señor Fred Dorwell.

Se volvieron hacia el recién llegado, que era joven y muy alto, de complexión atlética, de piel tostada por el sol, de ojos acerados. Unos ojos que lanzaron una mirada circular, calibrando en pocos segundos la personalidad de todos y cada uno de ellos. O al menos dando la sensación de que conseguía hacerlo.

* * *

Le saludaron con toda naturalidad.

Ninguno hizo ni dijo nada incorrecto.

—Quizá les sorprenda mi presencia aquí —dijo minutos después Fred Dorwell. Y como a guisa de explicación—. Yo era el secretario particular de Paul Moore.

—Comprendo —repuso Bernard—. Ha venido usted al entierro. Creo que se llevará a cabo dentro de muy poco.

—He venido al entierro y a la lectura del testamento —informó el joven. Y añadió—: Por la carta que he recibido de su notario, creo que el señor Paul Moore me ha tenido presente en sus últimas voluntades...

Aquello no gustó absolutamente nada a los allí reunidos. Bueno a Melissa la dejó indiferente, fría. A ella la tenía sin cuidado lo que su tío Paul hiciera con sus millones. Que los repartiera a su gusto, que bien suyos eran.

Fred Dorwell pareció darse cuenta de tal circunstancia, es decir, de que Melissa era la única que no acusaba desagrado ante lo inesperado, por lo visto, de sus palabras.

Debido a ello, había de tardar poco en hallarse a su lado, en un lugar apartado de la amplísima estancia.

—Son cinco los sobrinos...

—Sí, en efecto —se limitó a decir Melissa.

—Esperan sacar buena «tajada» de todo esto, ¿no es cierto?

—Lo que esperan los demás, lo ignoro —dijo la muchacha—. Yo por mi parte le aseguro que no me molesto en esperar nada...

—¿Por qué?

—Tía Marta murió envenenada. Supongo, que si usted era el secretario particular de mi tío Paul, estará enterado de lo sucedido.

—Sí, desde luego —admitió.

—Entonces sabrá que mi tío estaba convencido de que el asesino era uno de nosotros.

—En tal sentido solía expresarse, sí, lo reconozco.

—Comprenda, pues, que estando todo tan poco claro, yo no espere nada. Ni creo, en realidad, que lo espere ninguno de mis primos. Tal vez la única optimista sea mi hermana Diana.

—Es una chica con cara de lista. Aunque, claro, usted tampoco tiene cara de tonta...

—Me lo dice como un cumplido o acaso como todo lo contrario —hizo un mohín de recelo.

—No sea mal pensada... —y añadió—. Se parecen físicamente y bastante, pero, ¿y de temperamento?

Fred Dorwell era curioso y entrometido por instinto, por naturaleza. Y para percatarse de ello bastaba tratarle un par de minutos, quizá incluso menos. No, ciertamente no hacía falta profundizar lo más mínimo para llegar a tal deducción.

—No, no nos parecemos nada de temperamento. Yo soy mucho más tranquila, mucho más sosegada que ella.

—Eso me había parecido. Y algo parecido pienso al mirar a sus primos, son hermanos que se parecen poquísimo...

—Ni siquiera físicamente.

—Es cierto. Oiga, ¿tiene usted buena opinión de ellos?

—Son mis primos.

—Esta no es una respuesta.

—Acéptela como tal. No le doy otra —su tono había salido un poco airado.

—Comprendo, soy todavía un extraño para usted y no encuentra correcto sincerarse conmigo.

—Tal vez sea cierto —admitió.

—Bueno, ya nos iremos conociendo mejor y entonces quizá no le cueste tanto decirme lo que verdaderamente piensa.

—Lo que pienso dé usted, si es que le interesa saberlo —manifestó Melissa—, es que haría bien no metiéndose donde nadie le llama. Porque aquí, que yo sepa, no le ha llamado nadie.

—Sí, el notario —bromeó Fred Dorwell.

—En este caso —puntualizó Melissa— su misión debe limitarse a escuchar cuáles son las cláusulas del testamento y ver si hay «tajada» para usted —le devolvía la palabra que él pronunciara con anterioridad—. Y eso es todo.

—Pero si mientras tanto puedo ayudarla, lo haré encantado.

—No creo que vaya a necesitar ayuda de nadie y menos de usted. Yo a usted no le conozco de nada.

—Me llamo Fred Dorwell.

—Eso ya lo ha dicho Peter, el mayordomo.

—Que es jorobado... ¿Le ha gustado la sorpresa? —y parecía tomar a broma aquel detalle.

—La sorpresa mayor —reconoció Melissa— ha sido comprobar que los

otros dos sirvientes también lo son.

—Me hago cargo. No crea, me costó encontrarlos...

—¿Le costó? —se extrañó Melissa.

—Su tío me encargó a mí la misión de dar con ellos. Me dijo: « Cuando yo muera y vengan mis sobrinos al entierro, quiero ofrecerles, corno primera sorpresa, esa...». Y se refería a sus tres sirvientes jorobados...

—Desconocía en mi tío ese sentido del humor. Aunque me imagino que no sólo se trata de humor, sino de algo más macabro.

—¿Macabro?

—Creo que la palabra encaja.

—Si usted lo dice...

—Bueno, ahora a esperar al notario, a la lectura del testamento —dijo Melissa, tras respirar hondo—. Entonces veremos, exactamente, que clase de humor era el de mi tío Paul.

—¿Usted le quería?

—Sí, sinceramente. Pero últimamente había cambiado mucho. La muerte de su esposa le trastornó, le desquició, le hizo dejar de ser un hombre normal.

—De su anormalidad yo no me di cuenta, se lo aseguro.

Daba la sensación de estar en pleno uso de sus facultades mentales.

—¿Cuánto hace que era su secretario particular?

—Unos tres meses —respondió Fred Dorwell.

—No es mucho tiempo. Quizá insuficiente para llegar a conocerle bien, ¿no lo comprende?

—Yo conozco a las personas en seguida. Tengo mucha intuición, mucha perspicacia.

—Parece tener muy buena opinión de sí mismo.

—Excelente, desde luego —aceptó con una sonrisa.

—Voy a acabar pensando que es un poco pedante.

—Piense que soy un tipo listo y se ajustará más a la verdad.

CAPITULO III

El cementerio se hallaba situado entre lagos cenagosos, a unos dos kilómetros de Fostermann. A menos de uno de la mansión que hasta hacia poco había ocupado Paul Moore.

Durante el entierro, al cual no acudió mucha gente, Fred Dorwell estuvo recordando el día que había recibido la visita de aquel hombre que había visto inerte, inmóvil, sin vida, metido en aquel ataúd, y que ahora iba a ser enterrado en el panteón familiar. Una visita que se llevó a cabo cuando ya se disponía a cerrar su despacho, en cuya puerta una placa indicaba: «Detective privado».

—¿Es usted Fred Dorwell?

—Sí.

—¿Detective privado?

—Exactamente.

—Tengo un trabajo para usted.

—Cobro caro...

—Diez mil libras por quince días de trabajo.

—Buen precio. Empieza a interesarme. Prosiga, por favor. Pero tome asiento.

—Estoy mejor de pie.

—A su gusto.

—Yo moriré dentro de muy poco, estoy muy enfermo —le había dicho tras una brevísima pausa—. Entonces, mis sobrinos se reunirán en mi casa de Fostermann. Estarán ansiosos por saber qué dice mi testamento... Su trabajo consistirá en proteger a mi sobrina Melissa. A ella no debe sucederle nada.

—¿Qué puede sucederle a los demás? —Había preguntado Fred Dorwell.

—Eso, el tiempo lo dirá, yo no puedo predecirlo. Sólo quiero hacer lo que esté a mi alcance para proteger a Melissa, una muchacha muy buena, que se merece lo mejor. Y lo mejor, no es por descontado, morir asesinada.

—Parece dar por seguro, que después de ser leído su testamento habrá alguna muerte...

—Francamente, así lo creo. Y para empezar —puntualizó Paul Moore— usted se presentará en mi casa cuando le sea notificada mi muerte. Se presentará diciendo que era usted mi secretario particular y que espera que en el testamento yo le deje algo aceptable... Dirá, asimismo, que fue usted quien contrató a los sirvientes, tres jorobados...

—¿Jorobados? —inquirió Fred Dorwell.

—Sí, mis tres sirvientes son jorobados.

—Vaya, vaya...

—Los he elegido a sabiendas.

—Lo presumo.

—Para darles a mis sobrinos, ya de buenas a primeras, la bienvenida que

se merecen.

—No parece tenerles mucho aprecio.

—Uno de ellos, no sé cual, envenenó a mi esposa. Se llamaba Marta. Era una mujer maravillosa. Yo la adoraba.

—¿Está seguro de que uno de sus sobrinos fue quien envenenó a su esposa?

—Totalmente seguro.

—¿Cuántos son sus sobrinos?

—Cinco. Pero hay que descartar a Melissa. Ella queda al margen de toda sospecha, de toda duda. Como le decía —agregó— se presentará para mi entierro y se encargará de que, durante los siguientes quince días, a mi sobrina Melissa no le suceda nada malo. Transcurridos esos días, cobrará usted las diez mil libras que yo le legaré en mi testamento, y así habrá acabado su trabajo. Qué, ¿le interesa?

—Desde luego que sí.

* * *

Su entierro se había efectuado en escaso tiempo. En el preciso para cumplir con los más elementales requisitos.

Ahora estaban ya de regreso en la mansión, reunidos de nuevo en el despacho-biblioteca. Donde de nuevo, asimismo, se estaban sirviendo whisky.

Aunque en esta ocasión los whiskys los servía el otro criado. Aquel con el que Melissa se cruzó en la ancha y alfombrada escalera.

—Me llamo Tom —le comunicó éste—. Aquí me tienen para lo que gusten mandar.

Seguidamente se alejó con la bandeja de plata.

Casi al acto, Bernard liquidó su whisky de un solo trago.

—Me hacía falta —comentó.

—Claro —dijo Dennis—, un cementerio no tiene nada de acogedor.

—Si algo me tiene cortada la respiración —le hizo saber Bernard— no es el cementerio, sino...

—¿Qué? —preguntó Michael.

—Esos tres sirvientes —repuso Bernard—. Esos tres jorobados, que no auguran nada bueno... Esos tres deformes físicos, que de una forma u otra vienen a decirnos que el melodrama va a empezar de un momento a otro.

—¿Melodrama? —Inquirió Diana—. Vamos, primo. No creo que la cosa sea para tanto.

—Pero, ¿acaso no lo comprendes?

—¿Comprender qué...? —preguntó Diana.

—Pues que si tío Paul buscó esos sirvientes de tan especiales características, lo hizo a sabiendas. Para ponernos, apenas llegáramos aquí, sabor de acíbar en la boca.

—Pero bueno, a ti, a vosotros... —y miró a los tres hermanos—, ¿qué puede importaros en realidad que esos criados sean jorobados o no? Aquí se trata de escuchar la lectura de un testamento, de saber lo que nos corresponde y...

—¡Mira que cuento tan bonito! —exclamó Bernard, mordaz—. O eres tonta, Diana o te imaginas que lo somos nosotros.

—Ninguna de las dos cosas. Confieso... —reconoció la muchacha, tras una pausa, abatiendo un tanto la mirada— que en el fondo estoy intentando autoanimarme. Pero, en fin, tampoco lo veo todo tan oscuro...

—Lo verás oscuro —bromeó Michael con poca gracia— cuando se haga de noche.

Faltan aún unas cuantas horas.

—Para entonces, —dijo Diana— ya no me encontraré aquí. Apenas sepa el contenido del testamento, me largaré de esta casa.

—¿No te gusta el lugar? —preguntó Dennis.

—Ni pizca, no me ha gustado nunca. ¿Acaso os gusta a vosotros?

—No... —respondió Bernard.

—No... —respondió Michael.

—Por descontado que no... —observó Dennis a su vez. Quien a continuación preguntó—: ¿Tú no dices nada, Melissa? Desde que hemos regresado del cementerio, aún no has despegado los labios.

—¿Qué queréis que os diga? —Melissa quiso esbozar una sonrisa—. No se me ocurre que...

—Podría decirles —intervino Fred Dorwell— que está convencida de que todo va a ir a las mil maravillas.

—No puedo decirles eso —repuso la muchacha— porque no lo pienso. Creo por el contrario, que la lectura del testamento va a significar...

—¿Qué va a significar? —preguntó Diana.

Melissa no respondió.

Entonces se produjo un largo silencio entre ellos.

Un silencio que, por lo visto, decidieron prolongar hasta la llegada del notario. Llegada que, bien mirado, no podía hacerse esperar mucho. Faltaban escasos minutos para la hora concertada.

Pero durante esos escasos minutos de espera, a Bernard se le ocurrió salir del despacho-biblioteca y merodear por las estancias circundantes. Tal vez buscando un modo de aplacar en lo posible su nerviosismo.

Al poco, le oían ahogar un grito.

Fueron en su busca y le encontraron en la estancia de al lado, pálido, lívido, ante la vitrina de un armario. Allí dentro había cuatro arcos y cuatro flechas. Arcos y flechas adornando el fondo del armario, el cual, por otra parte, no contenía ningún otro objeto.

Más abajo, con letras doradas, decía:

«PARA MIS SOBRINOS»

—¿Qué te sucede? —Le preguntó Michael, apenas llegó junto a su hermano—. ¿Por qué te has trastornado así?

—Mira, lee..., lee... —le indicó lo que ponía allí.

—Ya miro, ya veo —dijo Michael— pero no creo que sea para asustarse así...

—Pone: «PARA MIS SOBRINOS» —repuso Dennis, que había llegado hasta ellos—. Bueno, no tiene nada de particular. Si vamos a ser sus herederos, lo lógico es que desease darnos también esos arcos y esas flechas, que, bien lo sabéis, tenía en gran estima.

—También sabéis —dijo Bernard— que somos cinco sobrinos, no cuatro. Esto quizá signifique, pues, que lo escrito aquí...

—Prosigue —le apremió Dennis.

—No me atrevo a decirlo. No, no me atrevo a proseguir —repuso Bernard. Y reconoció—. Estoy muy asustado. Muy asustado.

—Tío Paul viajó por África, de eso ya hace muchos años, y se trajo esos arcos y esas flechas. Los guardó en esta vitrina, en este armario, que siempre ha permanecido cerrado... Ahora tío Paul ha muerto y los arcos y las flechas siguen ahí... En todo esto no veo nada de particular... —habló Michael. Si bien en honor a la verdad, habló de una forma arrastrada, como costándole un esfuerzo hacerlo.

—Pero, ¿Y esas palabras...? Antes no estaban —Bernard temblaba, seguía temblando— «PARA MIS SOBRINOS»...

—Eso significa —dijo Diana, que con Melissa se había acercado a sus primos— que vamos a heredarle. Sí, ahora ya estoy convencida de ello. Ahora ya no siento temores ni recelos de ninguna índole.

Poco después llegaba el notario, Alan Pottman, y leía el testamento de Paul Moore. Tras la recia y maciza mesa del escritorio, dejó oír su voz pausada.

Y las principales cláusulas del testamento, quedaron bailoteando en el interior de la amplia estancia como una diabólica y espeluznante danza.

> «Mi fortuna personal, que asciende a seiscientas mil libras, se repartirá de la forma siguiente:
>
> »Diez mil libras a Fred Dorwell, siempre y cuando, una vez transcurridos quince días a partir del día de mi entierro, a mi sobrina Melissa no le haya sucedido nada malo. Misión que creo sabrá cumplir con sobrada eficacia, pues para eso es detective. Un excelente y afamado detective, no mi secretario particular como, siguiendo mis instrucciones, ha hecho creer en principio.
>
> »Tres mil libras a cada uno de mis sirvientes jorobados...
>
> »El resto, es decir, quinientas ochenta y una mil libras, a repartir entre mis sobrinos a parte iguales.
>
> »Entre mis cinco sobrinos...

»Pero en el caso de que, a los quince días de mi entierro, uno de mis sobrinos hubiera fallecido, tanto fuera de muerte natural como violenta, entonces mi fortuna se repartiría sólo en cuatro partes iguales.

»De fallecer entes de la fecha aludida, tanto fuere de muerte natural como violenta, dos de mis sobrinos, entonces mi fortuna se repartirá sólo en tres parte iguales.

»Y así sucesivamente...

»Mi fortuna, en definitiva, será para mis sobrinos que, después de transcurridos los quince días de mi entierro, sigan con vida. Por descontado, mis herederos no podrán abandonar mi casa en el periodo del tiempo referido. De hacerlo, quedarían automáticamente excluidos del testamento.

»Esta es, en definitiva, mi última voluntad.

»Y para que se cumpla y lleve a cabo, permanecerá en la casa el notario, señor Alan Pottman y los dos testigos que exige la ley.»

CAPITULO IV

Todos se habían quedado mudos al término de la lectura del testamento. Mudos de miedo, de espanto, de terror.

Veían abalanzarse sobre ellos, a las claras, sin contemplaciones, la guadaña de la muerte.

—¿Os habéis dado cuenta? —inquirió Bernard, temblando todo él, desde los pies hasta la punta de sus cabellos.

El notario, Alan Pottman, y los testigos, dos hombres sencillos y corrientes, se habían retirado. Asimismo lo habían hecho, Peter, Robert y Tom, los tres sirvientes jorobados.

Volvían a estar solos en el despacho-biblioteca, los sobrinos y Fred Dorwell, el detective.

—Sí, me he dado cuenta —respondió su hermano Dennis—. Tío Paul pretende que por su dinero... nos matemos unos a otros.

—Resulta evidente —asintió Michael—. Este ha sido su propósito. Una forma diabólica de vengar la muerte de su esposa.

—Tío Paul no ha de poder con nosotros —dijo Diana—. Si le demostramos que por su dinero, no somos capaces de lo que él supuso. Solo depende de nosotros que se salga o no con la suya.

—Creo que Diana tiene razón —repuso Melissa, aunque no con excesiva confianza en aquella situación en la que se hallaban inmersos.

—Se dice fácilmente —subrayó Bernard, cuyo temblor iba aumentando por instantes, ahora ya casi convulsivo—. Pero nosotros sabemos bien que...

—¿Qué es lo que sabemos bien? —preguntó Michael al ver que su hermano se había detenido.

—Que uno de nosotros cinco —dijo Bernard, tajante, rotundo—, envenenó a tía Marta. Quiso envenenar a Tío Paul para cobrar cuanto antes su parte en la herencia... Pero tía Marta cambió las copas y... Y una vez sabido esto, tenemos forzosamente que aceptar que estamos en grave peligro... El asesino de tía Marta, por cobrar más, puede ahora... Sí, seguro que lo intentará todo por cobrar más...

—No sigas diciendo más disparates —la voz de Dennis también se había hecho un poco temblorosa—. Ninguno de nosotros envenenó a tía Marta... Bueno, puede que lo hiciera —se rectificó a sí mismo, tal vez comprendiendo la inutilidad de defender una postura que, evidentemente, lo tenía todo de absurda— pero nunca lo haría ahora de nuevo...

—¿Por qué no? —preguntó Michael.

—Porque nosotros somos hermanos.

—Nosotras, Melissa y yo, sólo somos vuestras primas —hizo constar Diana como queriendo aclarar mejor el caso.

—Hemos jugado juntos de pequeños, hemos ido a los mismos colegios. En realidad somos los cinco como hermanos... —Michael pretendía, por lo visto,

serenar los ánimos. Por lo menos hasta donde fuera posible—. Además, si hay quinientas ochenta y una mil libras a repartir, es suficiente, ¿no?

—Debiera ser suficiente —dijo Bernard, que indudablemente era el que más había perdido el control de sus nervios—. Pero estoy seguro de que, para un hombre ambicioso, o para una mujer, para el caso es lo mismo, esa cifra resulta insuficiente... Más, en este caso concreto, cuya cifra puede acrecentarse si se quita de en medio...

—A mí lo que me gustaría saber —intercaló Melissa, que hasta el momento se había limitado a mirar a unos y a otros— qué ha hecho tío Paul con el resto de su fortuna...

—¿Con el resto...? —se interesó Fred Dorwell.

—Tenía ochocientas mil libras. En el testamento sólo saca a relucir seiscientas mil. ¿Qué se ha hecho del resto...?

—¿Tanto te interesan esas doscientas mil libras que no aparecen? —preguntó Michael no sin cierto retintín.

—No me interesan esas doscientas mil libras, en absoluto, por lo menos en el sentido al que tan sutilmente aludes. Esas libras, como las otras seiscientas mil, por mí podría llevárselas el demonio... Estarían mejor en su poder que aquí, entre estas cuatro paredes de las que por lo visto no podemos salir...

—Nadie nos lo impide —repuso Bernard.

—Pero nadie lo hará —dijo Melissa— porque eso significaría renunciar al dinero.

—Claro, tú te sientes valiente porque tienes un guardaespaldas. ¿Qué otro nombre mejor merece usted, señor Paul Dorwell, encomendado por el propio Paul Moore para que a ella no le suceda nada?

—Yo soy detective —dijo el aludido, éste sereno e imperturbable como una roca—. Pero si usted quiere ver en mí a un simple y vulgar guardaespaldas, por mí no se quede con las ganas...

—¿Por qué querría tío Paul defender a Melissa? —Preguntó Dennis—. A nosotros no, sólo a ella. Es curioso, muy curioso.

—Yo lo entiendo perfectamente —dijo Diana—. Tío Paul quería a Melissa, quizá porque sólo a ella había apartado de sus sospechas. Ha hecho el testamento, sí, para que nos matemos unos a otros, pero a Melissa le ha puesto el detective a su lado para que a ella no le suceda nada... Sencillísimo de explicar...

—A mí tampoco va a sucederme nada —afirmó Bernard— porque voy a irme de aquí ahora mismo.

—No me lo imagino —ironizó Michael—. Irte tú, y renunciar así, por las buenas... Tú, que eres el más materialista de todos nosotros...

—Yo creo que hay otro que lo es más... —soltó Bernard—, De ello que vaya a irme. Mi vida vale más que ese dinero... Es mucho, es una verdadera fortuna... Pero la vida es más importante...

—Toda vida vale más que cualquier cifra de dinero, por muy elevada que ésta sea —se metió Fred Dorwell en la conversación—, Irse de aquí, a

tiempo, quizá fuera lo más recomendable.

—Sí, claro —ironizo Dennis— a usted le interesa que nos fuéramos todos y que sólo quedara Melissa. Así sería toda la herencia para ella," en cuyo caso, me consta, la afortunada sabría agradecerle económicamente sus desvelos.

—No ironice, está de más —dijo Fred Dorwell, siempre tranquilo—. Sólo era una sugerencia. Yo no echo a nadie, ni tan siquiera lo pretendo. El que se quiera quedar, que se quede. Ya veremos lo que pasa.

* * *

Habían transcurrido varias horas, durante las cuales Bernard había intentado apaciguar sus nervios y controlar ese temblor, casi convulso, que delataba el terrible miedo que sentía.

Lo había intentado con todas sus fuerzas, con su mayor voluntad, pues sabía de sobra lo que se jugaba, una cantidad de dinero que podía darle el mayor bienestar durante el resto de sus días. Pero sabía también que en aquel empeño podía perder la vida y eso le descontrolaba, le desquiciaba.

Tanto es así, que transcurridas esas horas, siendo ya más de media noche, ya cada uno de los sobrinos en sus respectivos dormitorios, Bernard comprendió que todo era inútil, que no sólo no podía conciliar el sueño, sino que se sentía incapaz de permanecer bajo aquel techo ni un sólo minuto más. Ni uno tan solo, ya que sus nervios estaban a punto de estallar.

Hubiera sido lo sensato, lo razonable, quizá esperar al día siguiente, a la luz de un nuevo día, para marcharse de allí. Pero era ya tarde para que Bernard se viera capaz de razonar con cierta lógica.

Así que, se vistió, abrió la puerta de su dormitorio y salió sigilosamente al pasillo. Sin hacer ruido, con pasos que apenas se dejaban sentir. Luego bajó la ancha escalera.

Saldría de allí, cogería el coche y huiría como alma perseguida por el mismísimo Satanás. Lo tenía decidido.

Pero a eso de media escalera, le pareció oír un ruido y todo él dio un bote violento. No lo hubiera dado de un modo más brusco, ni aunque hubiera visto alzarse sobre él el filo cortante de un hacha.

En realidad, nada había visto, sólo había oído aquel ruido, que bien podía haber sido el crujido de un mueble. Nada para asustarse tanto. Es lo que Bernard se dijo instantes después, prosiguiendo el descenso de la escalera.

Llegó a la puerta y la abrió con cautela. No quería que nadie le oyera marchar. Mejor que se enterasen a la mañana siguiente, cuando le buscaran y no le encontraran por ninguna parte. Sería entonces cuando verían la nota que había dejado escrita en su dormitorio, en la que decía a sus hermanos y a sus dos primas, que prefería vivir pobre que morir intentando ser rico.

Ya fuera de la mansión, ante la vista del coche que se hallaba en la explanada ante la puerta principal, hinchó de aire sus pulmones.

Aunque aquel aire no debía ser bueno ni beneficioso para ningún pulmón humano, ya que se hallaba cargado de humedad y de niebla.

Esta, convertida en jirones, rastreaba el suelo con rapidez. Por lo demás hacía un viento fuerte, cada vez más fuerte, que silbaba produciendo un ruido extraño, como un zumbido quejumbroso y lastimero.

Pero estaba ya fuera de la mansión y eso a Bernard parecía bastarle. Debía sentir la sensación de que fuera de allí ya no existía peligro alguno para él.

Volvió a respirar con satisfacción. Con mayor satisfacción ya que por instantes se reafirmaba su decisión de huir de aquel lugar. No, él no estaba dispuesto a que su tío Paul, una vez muerto, tuviera el poder de acabar con su vida. El dinero tiene y tendrá mucho poder, desde luego, pero para él no tanto como para resignarse a quedarse allí en espera de ser exterminado.

Pero, ¿de quién exactamente, desconfiaba...?

Bernard no lo sabía. No podía saberlo. Sólo sabía que quien acabó con tía Marta era uno de ellos cinco. Si él no era, era pues, uno de ellos cuatro... Estaban sus dos hermanos y sus dos primas. ¿Quién de ellos? Mirados uno a uno, todos le parecían inocente, inofensivos. Sin embargo, agrupados, el asesino existía. Un asesino que sin duda estaría dispuesto a actuar otra vez, y otra, y otra... Cuantas más veces mejor. Cuanto más actuara, más dinero cobraría.

No cabía duda, Paul Moore había sabido dictar su testamento. Con sus cláusulas les había tendido una red realmente diabólica.

Pero él se marcharía ahora mismo. Había lagos pantanosos por los alrededores, muy peligrosos, pero él conocía bien la zona y eso no le asustaba. Sabía sobradamente por dónde debía dirigir las ruedas del coche.

No obstante, de pronto, Bernard lanzó un grito de horror. Mejor dicho, el sonido que salió de su garganta fue un alarido.

Pudo salirle el sonido apagado, contenido, por el mismo espanto que acababa de experimentar.

Pero no, sus cuerdas vocales funcionaron perfectamente y el grito, el alarido, retumbó pavorosamente entre la oscuridad y la niebla. Retumbó hasta incrustarse en el interior de la mansión, llegando, asimismo, más allá de las aguas cenagosas de los primeros lagos.

Ante él estaba su asesino...

No decía nada, pero le miraba fijamente. En sus manos había un arco y una flecha. Un arco que ahora tensaba, mientras apuntaba bien la dirección de la flecha.

—No... no... —jadeó Bernard, comprendiendo en aquel momento que su error había consistido precisamente en salir de su dormitorio, de la casa.

El asesino no respondió nada. Tensó un poco más el arco y apuntó aún mejor...

Bernard hubiese podido echar a correr. Hubiera podido, por lo menos, intentarlo. Su asesino estaba a varios pasos de él.

Pero Bernard, paralizado por su propio terror, vio imposibilitados todos

sus movimientos. Lo mismo que si hubiese quedado sin una sola gota de sangre. Que duda cabe, el asesino contaba ya con eso.

En aquel mismo instante, el arco se tensó del todo, se aflojo de pronto y la flecha salió disparada, cruzando la distancia que les separaba. Una flecha, que, como una siniestra exhalación, fue a clavarse en la cabeza de Bernard, en la frente, exactamente entre ceja y ceja.

Allí quedó incrustada...

Bernard permaneció en pie aún unos pocos segundos más. Pocos, poquísimos. Después cayó hacia atrás su cuerpo desgarbado y quedó tendido en tierra. Los brazos y las piernas abiertas.

Al tocar la tierra, estaba ya muerto, por lo que, en definitiva, quedó en tal postura.

No había cerrado los ojos. En realidad no había tenido tiempo ni de pestañear. Se quedó, por lo tanto, mostrando toda su amplitud de ojos. Expresando en ellos un espanto y un terror que sobrepasaba todo límite.

Unos minutos después, los otros sobrinos se hallaban allí, contemplando su cadáver. Un cadáver cuya mirada sin vida parecía, empero, decirles.

«Ahora os toca a vosotros... ¿A cuál? Bueno, eso es lo de menos... Uno a uno seréis eliminados...», y la mirada sin vida parecía reírse.

Como parecía también reírse a carcajadas su boca. A puras carcajadas, porque en la caída de la mandíbula se había desencajado y la boca le había quedado completamente abierta.

* * *

Fred Dorwell se decidió a echar un vistazo a la vitrina del armario que contenía los arcos y las flechas. Sería interesante saber si todo seguía en su sitio.

Su misma idea tuvo Dennis, el guapo de los sobrinos de Paul Moore. Por lo visto, él también estaba sacando, o intentando sacar sus propias conclusiones.

En consecuencia, no muchos minutos después, todos ellos, incluidos los tres sirvientes jorobados, estaban ante la vitrina de aquel armario.

Ahora sólo contenía tres arcos y tres flechas.

Faltaba, por lo tanto, un arco y una flecha. Sin lugar a dudas, faltaba la misma flecha que había acabado con la vida de Bernard.

—Pero este armario siempre ha permanecido cerrado, y sigue cerrado —dijo Michael, el hermano bajito, insignificante, poca cosa, tras comprobarlo y ver que no podía abrirse.

—¿Dónde está la llave de este armario? —preguntó Dennis, volviéndose hacia los sirvientes.

Los que ofrecían con sus jorobas, un espectáculo al que costaba acostumbrarse. Sobre todo estando los tres presentes a un mismo tiempo.

—No lo sé —contestó Peter, el mayordomo. Y quiso aclarar—. Nunca lo

he sabido.

—¿La guardaba el señor Paul Moore? —Preguntó Michael—. ¿Es esto lo que quiere usted decir?

—Es lo que imagino —dijo Peter—. Pero yo no puedo asegurar nada, pues nada sé a ciencia cierta.

—¿Le vio usted en alguna ocasión, abrir este armario al señor Paul Moore? —quiso saber Dennis.

—Yo, sí... —asintió esta vez el sirviente que se llamaba Robert—. Yo le vi hacerlo en una ocasión. Lo limpió todo muy bien y luego lo volvió a cerrar.

—¿Dónde dejó la llave? —Inquirió Michael—. ¿No se dio usted cuenta...?

—Seguidamente se dirigió al despacho-biblioteca. Se encerró allí. Es todo lo que puedo decirle.

—A mí me parece —intervino el otro sirviente, el jorobado, el llamado Tom—, que todas sus cosas «importantes» —recalcó la palabra—. Solía meterlas en un cajón de su mesa escritorio. En el segundo cajón, a la derecha. Es un cajón que jamás ha abierto en presencia de nadie.

—Puede que nos sirva esta información —dijo Fred Dorwell—. Podemos curiosear un poco y ver sí...

—Hemos telefoneado a la policía, ¿no? —Diana intervino—. Lo normal es esperar su llegada y hasta entonces dejarlo todo en su sitio.

—Puede usted hacerlo, no me parece mal —repuso Fred Dorwell—, pero yo prefiero adelantarme y ver si saco algo en claro antes de que la policía llegue. No es que no tenga fe en la policía —agregó—: pero lo cierto es que tengo más fe en mí mismo.

—Yo le acompaño —se ofreció Melissa.

—Si el inspector de policía objeta algo —aclaró Michael— usted responderá, señor Dorwell. No lo olvide.

—De acuerdo —admitió Fred. Y puntualizó—. Sépalo, yo siempre respondo de lo que hago.

—Con tal que lo haga bien... —mascculló Diana.

—Perfecto. No lo dude.

CAPITULO V

Fred Dorwell abrió el cajón sin dejar señales de que había sido forzado.

Luego, con Melissa a su lado, fue mirando con detenimiento lo que dicho cajón contenía.

Los demás no estaban en el despacho-biblioteca. Se deducía fácilmente que querían quedar al margen de lo que el detective pudiera hacer.

Allí, en aquel cajón, encontraron la llave del armario de los arcos y las flechas. También encontraron, metida en un sobre una carta...

Estaba doblada en cuatro.

Al desdoblarla, vieron que estaba escrita por una letra pequeña y apretada.

—Es letra de tía Marta —dijo Melissa.

En efecto, era ella quien había escrito aquellas líneas. Y la fecha indicaba, exactamente, cuando...

—El día antes —repuso Melissa— de que tío Paul nos dijera que había hecho testamento a nuestro favor. El día antes de que tía Marta muriera envenenada.

—¿Estás segura? —preguntó Dorwell.

—Sí, claro —asintió Melissa.

La carta decía, textualmente:

> «Mi querido Paul:
>
> »Mañana vendrán tus sobrinos y les darás la noticia de que tus quinientas mil libras serán para ellos. Me siento dichosa no interponiéndome en ningún sentido entre ellos y tú. Son hijos de tus dos hermanos fallecidos y me hago cargo de lo mucho que los quieres.
>
> »Por eso, porque no me ha pasado desapercibido el profundo cariño que les profesas, te he animado a que hicieras testamento, legándoles a partes iguales todo lo que posees. Si yo tengo de sobras con lo que acabo de recibir de mi abuela materna, ¿a qué negarte a ti un gusto que sé que en realidad te sale de lo más profundo de ti mismo?
>
> »Ahora bien, mi querido Paul, confieso que de pronto me ha asaltado un súbito temor... Sí, me ha asaltado un miedo incontenible, que me tiene agitada a todas horas del día y de la noche. Se me ha metido en la cabeza que tus sobrinos, en cuanto lo sepan, que a tu muerte tu dinero será para ellos, querrán matarte... Bueno, querrá matarte... uno de ellos... Pero ignoro quién puede ser ese uno...
>
> »Sólo me queda, pues, hacer una cosa por ti.
>
> »Cuando les comuniques lo del testamento, será el momento de los postres, del champán, lo imagino. Así que, imagino que si

intentan matarte será en ese momento...

»Me refiero, Paul, que tus sobrinos deben imaginarse ya la noticia que vas a darles. Te conocen, me conocen, y se lo ven venir. En tal caso, el asesino vendrá ya debidamente preparado.

»Es de suponer que vendrá con veneno y que aprovechará la primera oportunidad para echarlo en tu copa de champán. Si les das la grata noticia, qué menos que se levanten de sus asientos para darte un beso y las gracias. Que duda cabe, el momento será inmejorable para llevar a cabo lo que yo ahora me temo.

»Sólo me queda, repito, hacer una cosa por ti.

»Después de la noticia, después del agradecimiento de tus sobrinos, llegará el momento de brindar con champán. Yo, entonces, cambiaré mi copa con la tuya. Así, si mis temores son ciertos, te habré salvado de una muerte cierta.

»De suceder esto, Paul, mi querido Paul, no te pido que perdones y olvides. Habré dejado de existir por culpa de uno de ellos y todo en mí, desde la tumba, pedirá venganza.

»Véngame tú, Paul, que siempre me has querido tanto. Véngame para que, en la tétrica oscuridad de mi tumba, mi descanso pueda ser eterno.»

—Entonces tía Marta lo hizo a sabiendas... —murmuró Melissa, con sus bonitos ojos azules velados por las lágrimas, muy impresionada—. Cambió las copas para que, de estar envenenada la del tío Paul, fuera ella la que muriera...

—Desde luego, así fue —dijo Fred Dorwell, aunque tardó un poco en contestar pues estuvo antes reflexionando al respecto.

—Y tío Paul, siguiendo las instrucciones de su esposa —añadió Melissa— nos ha tendido su testamento, como una trampa, como una red, convencido de que nosotros mismos nos diezmaremos. Así, sin duda, quedará satisfecha su venganza.

—Pero si aquel asesino de entonces es el mismo que ahora va a matar... —repuso Fred— cae por su peso que el asesino será el único que quedará con vida... La venganza, en tal caso, no se habrá llevado a cabo. Por el contrario, habrán pagado todos menos el verdadero culpable...

—Supongo —repuso Melissa— que tío Paul dio por descontado que, ante lo elevado de su legado, aparecerá entre nosotros más de un asesino, que al enfrentarnos el resultado será...

—Que no quedará ninguno con vida, ¿es eso lo que piensa? —Interrogó Fred Dorwell—. Con franqueza, no creo que vaya muy desencaminada.

—Es horrible todo lo que sucede —murmuró Melissa.

—Y lo que va a suceder, porque esto no ha acabado aquí, es sólo el principio. —Añadió Fred—. Desgraciadamente, lleva todas las trazas de ser así.

—Sin embargo, vendrá la policía. Quizá den con el asesino. Tal vez encuentren alguna pista que les lleve...

—¿Una pista? —Fred Dorwell pareció preguntárselo a sí mismo—. No lo creo muy factible. De todos modos, dejaremos este cajón tal como lo hemos encontrado, con la llave del armario y con esta carta. Veremos si el inspector de policía es más listo que yo y le bastan estos dos hallazgos para dar con el desenlace... Pero mucho me temo —agregó— que su perspicacia no llegue a tanto.

En aquel momento, Diana se presentó en el despacho-biblioteca. Con las mandíbulas tirantes, retorciéndose las manos una contra otra, era la viva imagen de quien se siente altamente torturada.

—Señor Dorwell.

—Dígame —Fred dirigió hacia ella su mirada.

—Tengo miedo de que a mí me suceda lo mismo que a Bernard —dijo, y avanzó unos pasos—. Me tenía por una chica decidida y valiente, pero me estoy dando cuenta de...

—De que no lo es.

—No. tengo mucho miedo —al aflojar la tensión de sus mandíbulas, sus dientes empezaron a castañear—. Dígame, ¿qué opina usted de todo esto? Usted es detective, está acostumbrado, supongo, a casos como éste, o parecidos.

—¿Qué opino? —Se preguntó Fred—. Con franqueza, creo que es aún pronto para sacar conclusiones. Estas podrían resultar precipitadas.

—¿Cree que la policía dará con el culpable? —parecía aferrarse a esa esperanza, como el náufrago más desesperado pueda aferrarse a una tabla de madera.

—Creo que... no dará con él —reconoció Fred Dorwell—. El asunto es complicado. Bastante más complicado de lo que pueda parecer a primera vista.

—¿Ha encontrado algo en ese cajón? —volvió a preguntar.

—Sí —dijo el detective—. Una llave y una carta. A ver qué deduce de ambas cosas el inspector que nos toque en suerte.

* * *

Dedujo poco. Tan poco que luego de muchos interrogatorios, optó por dejar la mansión y decir que volvería unos días después, así que hubiera puesto en orden las declaraciones efectuadas.

—Como ustedes van a seguir aquí, ya sé dónde encontrarles —añadió.

Alan Pottman, el notario torció el gesto. El tener que aguantar quince días bajo aquel techo, no le hacía la menor gracia. Nunca se había encontrado en un caso tan desagradable y fuera de lo común como aquél. Pero, en fin, no le tocaba otro remedio que seguir al pie del cañón y es lo que se dispuso a hacer. Bien mirado, a él no tenía por qué sucederle nada. El se hallaba al margen de

las cláusulas de aquel testamento y de los rencores, odios y ambiciones que pudieran existir entre los componentes de aquella familia.

Tampoco había gustado nada a los testigos, que el inspector se fuera así, por las buenas, volviendo a dejarles solos, pero ellos tuvieron que respirar hondo y resignarse. La ley les demandaba una misión y tenían que llevarla a cabo, Pero, claro, los más asustados eran los sobrinos de Paul Moore. No hubiera podido saberse cuál de ellos demostraba ciertamente más miedo.

Aunque claro, uno de ellos estaba fingiendo. Tenía forzosamente que estar fingiendo puesto que era el asesino...

* * *

Así que fue efectuada la autopsia, siéndole devuelto el cadáver, se llevó a cabo el entierro de Bernard. En el panteón de la familia. En ese cementerio situado entre los lagos pantanosos, a menos de dos kilómetros de Fostermann. A menos de uno de la mansión en la que hasta hacia poco había vivido Paul Moore.

—Dan ganas de marcharse ahora mismo de aquí... —murmuró Dennis, así que el entierro quedó efectuado. Y mirando a su hermano Michael y asimismo a sus dos primas—. ¿Por qué no nos vamos?

—¿Y perder la fortuna de tío Paul? —inquirió Michael, que a pesar de ser físicamente el que valía menos, daba la sensación de ser ahora el más fuerte —. Yo no estoy dispuesto a hacerlo.

—Pero Bernard ha muerto asesinado —dijo Diana—. Si no nos vamos, ¿quién será el siguiente? Quizá lo seas tú, Michael.

—Ya me cuidaré yo de que tal cosa no suceda —contestó con tono bastante firme—. Pero si tú tienes miedo, márchate, nadie te lo impide.

—¿Y dejar que vosotros os quedéis con todo? ¡Oh, no!

—Entonces, quédate y atente a las consecuencias. Lo mismo que vamos a hacer los demás, y no porque no tengamos miedo. También lo tenemos, claro.

—¿Qué opinas tú, Melissa? —preguntó Michael.

—Ella se siente más tranquila —contestó Fred Dorwell en lugar de hacerlo la muchacha— porque sabe que yo soy su... guardaespaldas —y añadió—. Ya que por eso me tienen, valga la palabra para complacerles.

Ellas aún estaban en el cementerio, pero los tres sirvientes jorobados se habían ya alejado de allí. Se anticipaban a los sobrinos de Paul Moore para poder reintegrarse cuanto antes a sus respectivos quehaceres.

—¿Qué opinas de ellos? —preguntó Michael.

—Una broma de tío Paul, simplemente eso... —dijo Diana, sin querer dar más importancia a lo que acababan de preguntarle.

—Lo mismo pienso yo —contestó Dennis.

—¿Y usted, señor Dorwell? —Quiso saber Michael—. ¿Qué opina usted? ¿O acaso opina algo distinto? No sé, pero me parece que a veces les mira como si no terminara de fiarse de ninguno de ellos tres.

—En realidad —dijo Fred— no me fío de ellos tres, ni de ustedes tampoco... A excepción de la señorita Melissa que es mi defendida, todos me inspiran un recelo cada vez mayor.

—Su sinceridad es descarnada —opinó Diana—. Deberíamos merecerle una sincera compasión y en lugar de eso...

—Lo lamento —contestó Fred Dorwell, un poco secamente.

Al llegar a la mansión, Fred se dirigió rectamente al despacho-biblioteca. Se acercó a la mesa del escritorio y abrió aquel cajón.

Allí, tras haber sido leída por el inspector de policía, seguía la carta de tía Marta. También continuaba en el mismo sitio la llave.

Fred Dorwell la cogió.

—¿Qué va a hacer con ella? —le preguntó Melissa.

—Tirarla —se limitó a decir.

—¿Adónde?

—A uno de los lagos que rodean esta zona. Que se la trague las aguas cenagosas. Allí, en el fondo, estará mejor...

—Comprendo —asintió Melissa—. De este modo, si alguien quiere abrir el armario y coger un nuevo arco y una nueva flecha, tendrá que romper el cristal.

—Y tendrá que hacer ruido —puntualizó Fred.

CAPITULO VI

La muchacha se ofreció a acompañarle, pero Fred Dorwell le dijo que prefería hacer aquello sin la intervención de nadie.

No objetó nada Melissa, pero a juzgar por su expresión hubiera preferido, evidentemente, ir con él. Posiblemente porque a su lado se sentía mucho más segura.

Este punto, sin embargo, Fred no había de descuidarlo. Para algo era el hombre encargado, por el propio Paul Moore, de defender a su sobrina de todo peligro o posible riesgo.

—Mientras yo esté fuera, usted no saldrá de su dormitorio. Se encierra allí y si alguien quiere entrar, sea este quién fuere, le dice que le duele la cabeza y que prefiere estar sola. ¿De acuerdo?

—Sí —dijo Melissa.

Aclarado este pormenor, Fred Dorwell salió de la mansión. Al así hacerlo, no supo donde dejaba exactamente a los sobrinos del difunto. Pero en aquel despacho-biblioteca no estaban, esto sí pudo constatarlo. De allí no salía ninguna voz. A lo sumo, se hallaría en aquella estancia una sola persona.

—Volveré pronto, Peter —le dijo Fred al mayordomo, quien al ver que iba a salir se apresuró en abrirle la puerta—. Se lo digo por si alguien pregunta por mí.

—De acuerdo, señor.

Ya fuera de aquella impresionante mansión, en aquel día, como la mayoría de los días, veía perturbado su perfil por lo espeso y compacto de niebla que rodeaba no sólo aquel lugar sino también los alrededores, es decir, muchos kilómetros a la redonda, Fred Dorwell se detuvo instantes y encendió un cigarrillo.

Lo hizo como si tal cosa, con absoluta naturalidad, pero lo cierto es que lo hizo a sabiendas, con premeditación, para tener ocasión de echar un vistazo de soslayo. Quería ver si, a través de los ventanales de la casa, alguien se interesaba por lo que él estaba haciendo.

No vio nada de particular y siguió adelante. Al principio encaminó sus pasos como si se dirigiera al cementerio. Después torció a la derecha, yendo hacia el lago que se veía a menos de doscientos metros de allí.

Junto a su orilla, observó los alrededores. Nada de anormal. Tan sólo cañaverales que parecían puramente inofensivos, entre los cuales, sin embargo, seguro que se hundirían implacablemente los pies de quien cometiera la temeridad de llegar hasta allí. Las aguas, demasiado quietas, excesivamente inmóviles, ofrecían, qué duda cabe, una mansedumbre ansiosa de engullir a quien fuera.

Fred Dorwell sacó la llave del bolsillo de su pantalón y se dispuso a arrojarla al lago.

Pero antes de hacerlo, vio ante él a cuatro hombres. Iban con los rostros

cubiertos, encapuchados. Los orificios de los ojos y de la boca no delataban en absoluto la personalidad de ninguno de ellos. Pero eran de elevada estatura y de fuerte complexión. Esto saltaba a la vista.

Se dirigieron hacia él con la indudable intención de que no echara la llave al lago. Por lo visto la querían recuperar antes de que fuera tarde.

Sin embargo, Fred Dorwell no se detuvo en vacilaciones y antes de pensar en cómo podría salir de aquello, arrojó la llave al lago, lo más lejos que pudo. Luego, hecho ya lo que pretendía, se volvió hacia aquellos cuatro intrusos.

—¿Qué quieren de mí? —preguntó resueltamente.

Sin mediar palabras, tres de ellos se lanzaron sobre Fred Dorwell y empezaron a golpearle. Puñetazos, puntapiés, de todo hubo.

Aunque, claro, Fred Dorwell no era manco, ni muchísimo menos, por lo que en consecuencia se armó una pelea colosal, por todo lo alto.

El cuarto de aquellos hombres, permanecía a distancia. Parecía, de momento al menos, no querer intervenir.

—Pero, ¿se puede saber a qué viene esto...? —volvió a preguntar Fred Dorwell.

Entre golpe recibido y golpe dado, preguntaba, inquiría. Deseaba que le respondieran para ver si reconocía la voz. Estaba casi seguro de que, por más que el interesado intentara despistarles, no lo conseguiría.

Pero ninguno de aquellos tres hombres decía nada. Lo mismo que si hubiesen sido mudos. Lo mismo que si alguien les hubiera arrancado despiadadamente la lengua.

Fred creyó conveniente recurrir a un ardid. Así, quizá, conseguiría oír la voz de esos hombres. Por lo menos la voz de uno de ellos. Con eso se conformaba.

Así, pues, guiado por la idea concebida, Fred cayó de bruces, completamente desvanecido, al primer golpe fuerte que le propinaron en la mandíbula. Dando la sensación, por descontado, de que había perdido por completo el conocimiento.

Algo muy lejos de la realidad, pues seguía manteniendo sus fuerzas. Su vitalidad y todo su conocimiento.

Precisamente por eso, antes de caer de bruces había tenido la precaución de dirigir su diestra hacia su pistola automática, sujetándola fuertemente. De esta forma, si los hombres se acercaban para liquidarle, podría defenderse en última instancia.

Aunque no era esto lo que Fred Dorwell pretendía hacer.

Simplemente pretendía que, creyéndole sin sentido, no tuvieran reparo en hablar entre ellos.

Pero no hablaron, no se cruzaron entre sí ni una sola palabra. Por lo demás, por lo visto tampoco llevaban la intención de liquidarle. Prueba de ello, que ante un gesto del cuarto de aquellos hombres, el que hasta entonces permaneciera inactivo, el jefe de ellos al parecer, retrocedieran...

Retrocedieron hasta desaparecer por completo entre la niebla.

Entonces, ya sin rastro de aquellas cuatro figuras encapuchadas, Fred Dorwell se puso nuevamente en pié.

—Cada vez lo entiendo menos... —musitó—. O quizá es que cada vez —se corrigió a sí mismo— empiezo a comprenderlo mejor...

* * *

Tenía la intención de ir directamente a la habitación de Melissa, que sin duda, siguiendo sus órdenes, debía seguir allí encerrada.

Pero fue Diana quien salió a su encuentro, rogándole encarecidamente que le concediera unos minutos. Tenía que contarle algo de importancia. Algo de lo que hasta entonces no había querido hacer mención. Pero consideraba que había llegado el momento de sincerarse a ese respecto. Por el bien de ella y quizá también por el de los demás.

—De acuerdo. Venga.

Fred Dorwell la llevó a una de las pequeñas estancias de la primera planta, cuya puerta cerró así que la muchacha hubo penetrado.

—Bien, ¿de qué se trata?

—Quizá le parezca una tontería —musitó Diana—, pero estoy dándole vueltas al asunto y cada vez me encuentro más desasosegada.

—La escucho atentamente —y Fred quedó a la espera de que la explicación prosiguiera.

—Tía Marta y yo no nos llevábamos muy bien —dijo la muchacha—. La verdad es que me odiaba...

—¿No estará exagerando un poco? —preguntó—. Si ella animó a su tío Paul a que hiciera testamento a favor de sus sobrinos, incluida usted, a partes iguales...

—Saber eso, es lo que me asombró sobremanera, debo admitirlo. Pero que tía Marta me odiaba es un hecho que no admite discusión.

—¿Y puedo saber el motivo de ese odio? No suponga que se lo pregunto por un exceso de curiosidad, pero si busca en cierto modo mi ayuda, lo lógico es que se sincere conmigo del todo, ¿no lo cree usted así?

—Sí, claro —repuso Diana—, es lo lógico. Por eso estoy dispuesta a decírselo todo. Estoy dispuesta a no callarme nada de lo que sé.

—Prosiga, por favor.

—El motivo de que tía Marta me odiara, y ferozmente por cierto, era que...

—¿Qué?

—Yo había averiguado que ella no amaba a su esposo, sino que estaba locamente enamorada de otro hombre.

—No me diga...

—Sí, le digo, porque es la verdad. Y como sea que ese hombre era veinte años más joven que ella, yo me reía de sus sentimientos. Me reí —reconoció Diana— un poco en broma, un poco a lo tonto, pero tía Marta me miró entonces de tal modo, con tanta rabia, con tal coraje, con tanto odio, que me

bastó aquello para comprender que a partir de aquel momento tenía en ella a mi más acérrima enemiga.

—¿Y quién era ese hombre veinte años más joven que ella? ¿Sabe usted su nombre? Sería interesante que me lo dijera.

Diana carraspeó. No le gustaba nada tener que responder a aquella pregunta. Pero tenía un miedo horrendo, o por lo menos, todo en su rostro, en sus facciones lo delataba así. Ya era tarde para volverse atrás en sus confidencias.

Así que dijo:

—Dennis.

—¿Su sobrino...?

—El sobrino de su marido, sí, de tío Paul. Sí, Dennis.

—No me esperaba una revelación de tal índole —reconoció Fred Dorwell —. Y Dennis, ¿qué...? Me refiero a si correspondía a tales sentimientos...

—No lo sé —dijo Diana—. No puedo saberlo con exactitud. Sólo puedo informarle que en cierta ocasión les sorprendí besándose. Pero ignoro si le besó Dennis o fue ella, simplemente ella, la que fue en busca de la caricia...

—Comprendido... —repuso Fred—. Lo que no termino de comprender tan bien, que es lo que la inquieta tanto. Tía Marta la odiaba, bien, de acuerdo, admitido... Pero tía Marta murió hace más de seis meses, de ella no puede esperar ya mal ninguno.

—Pero tía Marta, antes de su muerte, consiguió transmitir a su esposo, a tío Paul, todo el odio que ella sentía por mí, estoy segura de ello. ¿Se hace cargo de lo que quiero decirle?

—No. Por la sencilla razón de que su tío Paul está muerto, por lo que tampoco de él puede esperar ya mal ninguno.

—Sí, sí, me hago cargo. Los dos están muertos. Pero entre sus cadáveres y nosotros, sus sobrinos, queda un testamento. Un testamento fatídico, diabólico...

—Puede que lo sea, no voy a negárselo. Pero de cuanto suceda de ahora en adelante, no podrá usted culpar a su tía Marta, ni tampoco a su tío Paul. De suceder algo, el verdadero culpable estará en este mundo, no en el otro.

—Pero era tanto el odio que me tenía tía Marta... —insistió Diana con tono obsesionado.

—El odio de los muertos no puede vencer a los vivos, si los vivos no demuestran por su lado ser peores que esos muertos.

—Le comprendo —repuso Diana—. Quiere decir, que si mis primos, mi hermana y yo nos comportamos todos correctamente, nada malo puede suceder...

—Exacto.

—Sin embargo, Bernard ha muerto asesinado —no conseguía recuperar la serenidad—. De lo que se desprende con claridad que...

—De eso no tiene la culpa tía Marta —concluyó por la muchacha—. Por lo que le aconsejo que deje de inquietarse por ella y por su odio hacia usted.

Esté más en guardia, créame, por quienes tiene el corazón en marcha... El de su tía Marta se detuvo hace ya tiempo.

—Procuraré... procuraré hacerle... caso —tartamudeó Diana, finalmente, no sin esfuerzo.

Poco después, Fred Dorwell se separaba de la muchacha y se dirigía directamente hacia la habitación de Melissa.

Llamó con los nudillos.

—Soy yo, Fred. Puede abrirme.

—En seguida —oyó la voz de ella.

La abrió con la máxima rapidez. Se hubiese podido decir que hasta aquellos momentos no había respirado a pleno pulmón.

—Menos mal que ya está aquí. Ha tardado más de lo que me esperaba.

—He tenido que soportar cierta clase de contratiempos, de imprevistos. A eso se ha debido mi tardanza.

—¿Contratiempos? ¿Imprevistos? —Preguntó Melissa—. ¿Qué quiere decir? ¿Acaso le ha sucedido algo malo?

—No muy malo, salta a la vista —dijo Fred—. De lo contrario no habría llegado tan campante.

—Ahora que le miro bien —Melissa acababa de reparar en que llevaba impreso en el rostro la huella de un golpe—. Le han pegado...

—He devuelto los golpes, no se preocupe.

—Pero, ¿quién ha sido?

—Cuatro encapuchados —dijo Fred—. Bueno, a la hora de pegar sólo eran tres... Pero no, no llevaban excesivas malas intenciones. Debo admitirlo.

—¿Qué pretendían?

—Al parecer, que no arrojara la llave al lago. Pero lo he hecho, allí ha quedado. A nadie se le ocurrirá ir a sacarla del fondo, por la cuenta que le trae.

—Esto se está complicando cada vez más. ¿Quiénes podían ser esos cuatro encapuchados?

—No puedo saberlo. Todos iban vestido igual, de color gris oscuro. Las capuchas eran negras. Resultaban totalmente irreconocibles.

—Pero aquí, en esta casa, sólo somos...

—Por ser —Fred la había interrumpido— somos más de cuatro. Sobre todo —puntualizó— si metemos en la lista a Alan Pottman y a los dos testigos...

—Pero ellos no tienen nada que ver con nuestros problemas. Ellos en realidad se hallan al margen de todo lo que sucede...

—Estoy casi convencido de lo que usted acababa de decir. Pero tengo por norma no fiarme de nadie por completo. Esta es la norma de un buen detective, ¿sabe?

—Sí, claro —asintió Melissa. Quien preguntó a continuación—. ¿Puedo ya salir de esta habitación?

—Claro que sí —y Fred Dorwell añadió por su lado—: Ahora voy a ver si

puedo hablar confidencialmente con su primo Dennis.

—¿Confidencialmente...? —inquirió Melissa.

—Sí, eso he dicho —se limitó a responder.

—No quiero preguntarle nada más. Veo que prefiere que no lo haga.

—En efecto, de momento prefiero no hablar de ello. Pero no se preocupe, yo le tendré informada de todo aquello que sea importante.

—Gracias.

—Oiga —la detuvo antes de que saliera de la habitación, y en esta ocasión Fred Dorwell sonrió—. ¿Le han dicho alguna vez que es usted muy guapa?

—Sí —dijo Melissa, devolviéndole la sonrisa.

—¿Cuántas veces?

—Una docena y tres veces más.

—Pues desde este momento, una docena y cuatro veces más. ¿Vale?

* * *

Antes de hablar confidencialmente con Dennis, Fred Dorwell se propuso averiguar dónde estaban los habitantes de la mansión, un rato antes. Precisamente cuando él se hallaba junto al lago, arrojando la llave en medio de sus aguas cenagosas.

Pero sus esfuerzos resultaron inútiles, totalmente infructuosos. Dio la fatal coincidencia, que precisamente en aquellos instantes todos y cada uno de ellos estaba en un lugar distinto. Todos se hallaban por separado. La mansión era inmensa, llena de inacabables y espaciosas estancias. Que tal cosa hubiera sucedido no tenía tampoco, nada de extraño.

En fin, no pudiendo llegar a ninguna parte en tal sentido, quedándose enteramente sin ninguna pista a su alcance, Fred Dorwell se decidió por lo que llevaba pensado. Esto es, hablar con Dennis.

—Si no le importa que le robe un par de minutos... —empezó a decir Fred, así que le tuvo a solas en un lugar secreto.

—Queramos o no, tenemos que permanecer aquí hasta quince días después de la fecha en que fue enterrado tío Paul. Falta mucho todavía. Puede robarme el tiempo que quiera.

—Deseo aclarar un poco la situación que nos rodea, comprende. De ello que intente sacar las máximas conclusiones posibles.

—Espero que se luzca más que el inspector de policía. Fue lamentable su actuación.

—No diría yo tanto, aunque convengo en honor a la verdad que tampoco fue muy brillante. Pero este caso no es muy sencillo...

—No, no lo es —convino Dennis. Y dijo a continuación—: Es intrincado como un laberinto.

—Si me aclarara ciertos pormenores, quizá el laberinto no resulte tan intrincado.

—Pregunte lo que quiera.

—¿Qué opinión le merecía a usted su tía Marta?

—¿Mi tía Marta...? —acusó el impacto.

Evidentemente no se esperaba la pregunta y menos tan a bocajarro.

Tardó un poco en contestar. Lo suficiente para concederse a sí mismo un poco de tiempo.

—No es lo que parecía.

—Puntualice más, se lo ruego.

—Parecía... —dijo Dennis—, una mujer buena, honesta, fervorosamente enamorada de su marido, nuestro tío Paul.

—¿Y no era así...? —volvió a preguntar.

—No —la respuesta le salió rotunda—. Había perdido la cabeza por otro hombre. La había perdido del modo más lamentable y ridículo.

—¿Quién era ese hombre? ¿Le conocía usted? Deduzco, por su manera firme y convincente de expresarse, que sí, que le conocía sobradamente.

—Sí, desde luego.

—¿Quién era?

No vaciló al dar la respuesta. No vaciló en absoluto. Tal vez porque había comprendido ya que Fred Dorwell sabía de todo aquello más de lo que aparentaba.

—Era... yo.

—¿Usted?

—Sí, yo... Se enamoró perdidamente de mí.

—¿Y usted? —quiso saber.

—Yo sólo tengo veinticinco años. Ella hubiera podido ser mi madre. He respondido ya a su pregunta, ¿no le parece?

—No del todo. La diferencia de edad no es óbice para que a veces... Más aún, cuando la mujer puede ofrecer dinero, mucho dinero...

—Yo quería bien a mi tío Paul, y por nada del mundo hubiera sido capaz de aquella traición. Tío Paul adoraba a su esposa y robársela hubiera significado un acto vergonzoso y vil.

—Sin embargo, según tengo entendido, en cierta ocasión una persona les sorprendió besándose... Eso quiere decir algo, supongo yo.

—Supone mal.

—¿Está seguro?

—Segurísimo —y agregó—: Yo no la besé en absoluto. Fue ella, tía Marta, quien me echó los brazos al cuello y unió ansiosamente sus labios a los míos.

—¿Y usted qué hizo?

—La rechacé, le dije que aquello era indigno de ella, que se reportara. Le dije que no volviera a hacerlo, que de lo contrario...

—¿Qué pasaría?

—No me dio opción a añadir nada más. Fue ella la que entonces me dijo que no estaba dispuesta a renunciar a mí, por nada del mundo, y que si la rechazaba, en tal caso...

—¿En tal caso?

—Que me arrepentiría de mi desdén. Estaba dispuesta a todo, incluso a llegar hasta el crimen si era preciso.

—Debió decirlo en un momento de exaltación...

—Mucho me temo que no. Pero en fin, ¿a qué hablar más de todo aquello? Poco después murió tía Marta.

—Envenenada.

—Sí, envenenada. Y según las circunstancias que concurrieron al caso, uno de nosotros, uno de sus sobrinos, fue quien lo hizo...

—¿Y no fue así?

—Tal vez.

—¿De quién desconfía usted...?

—Si se lo dijera seguro que se echaría a reír. Prefiero, pues, no provocar su hilaridad.

—Insisto, dígamelo. Le prometo no reírme —e inquirió de nuevo—. ¿De quién desconfía...?

Dennis carraspeó.

Luego dijo:

—De Melissa.

CAPITULO VII

Después de la cena, Michael se dio cuenta de que aquella noche se sentía más nervioso y excitado que nunca. Temió no poder soportar la tensión de sus nervios.

Por descontado, le dieron tentaciones de salir de aquella casa, de huir, lo mismo que hiciera su hermano Bernard. Bueno, lo mismo que intentara hacer Bernard.

Pero no, él no caería en el mismo error. Por muy excitado que se sintiera, por más que tuviera los nervios a flor de piel, permanecería en la casa. Allí estaría más seguro que aventurándose entre la oscuridad y la niebla.

Cierto que, de la mansión al coche con el que podría huir de allí, sólo había unos metros. Parecía lógico suponer, que nada malo podía sucederle en tan poco trozo.

Sin embargo, no se dejaría seducir por la idea. El cadáver de Bernard bien había demostrado a todos que aquellos pocos metros, a través de la oscuridad y de la niebla, podían resultar fatídicos.

Además, si se iba de la casa, perdería su parte de la herencia. Las cláusulas del testamento eran bien claras, bien definidas, bien terminantes. Por otra parte, él no podía, en absoluto, ser más cobarde que su hermano Dennis y que sus dos primas. Sí, también se quedaría.

Pero se sentía excitadísimo, esto era evidente. Por eso, cuando después de la cena los presentes se fueron retirando a sus respectivos dormitorios, optó por seguir un rato más en el despacho-biblioteca.

Se sirvió un whisky, eligió un libro, pues los nervios los tenía verdaderamente rotos, desatados. Desquiciados más bien.

Pocos instantes después, se levantaba del sillón y se ponía a andar nerviosamente de un extremo al otro de la estancia, como midiendo una y otra vez la distancia que pudiera haber de un extremo a otro.

Pero aquello no terminó de serenar sus nervios, ni tan siquiera los atenuó un poco, y entonces se le ocurrió dar una vuelta por la planta baja de la mansión. Es decir, por la sala de música, por el salón de juego, por la estancia en la que se hallaba el armario cerrado tras cuya vitrina se veían los arcos y las flechas...

Su recorrido fue iniciado de un modo maquinal. Instintivamente, por no seguir quieto. Necesitaba hacer algo.

Tanto pudo ir primero a una estancia y luego a otra, como viceversa. O pudo, incluso, pasarse por alto alguna de ellas. No había segunda intención en lo que hacía.

Lo único cierto y auténtico es que, de un modo que se le antojó casi inesperado, se encontró contemplando el armario que contenía los arcos y las flechas.

Fue entonces cuando se sintió acometido por un temblor súbito. Por una

agitación convulsa. Por estremecimientos que parecían sacudirle como si de un epiléptico se tratara.

Acababa de darse cuenta de que en el armario sólo había dos arcos y dos flechas. ¿Y el tercer arco y la tercera flecha, que hasta hacía poco habían permanecido allí...?

Dirigió su mano temblorosa hacia el armario, viendo que seguía cerrado. Herméticamente cerrado.

Entonces, ¿cómo explicarse que hubiera un arco y una flecha menos...? Alguien tenía una segunda llave, puesto que la encontrada en el cajón de la mesa del escritorio Fred Dorwell la había arrojado a uno de los lagos, entre sus aguas cenagosas. Así había dicho que lo había hecho y no existía motivo alguno para ponerlo en duda.

En conclusión, ¿a quién estaría reservada aquella flecha, que ahora no se hallaba donde debiera? ¿A quién la reservaba el asesino?

Aumentó su temblor. Creció su agitación convulsa. Se precipitaron sus estremecimientos de epiléptico.

Comprendió que aquella circunstancia iba a volverle loco, iba a acabar con su cordura, si no corría escaleras arriba y se encerraba en su dormitorio. Sólo allí podría recuperarse.

Así que, sin pensárselo más, se precipitó hacia el vestíbulo y enfiló la ancha escalera, empezando a subirla de tres en tres escalones.

Pero, de súbito, se inmovilizó. Quedó allí clavado, tal paralizado como si un rayo le hubiera dado de lleno.

En lo alto de la escalera, acababa de ver a su asesino...

Y acababa de verlo con toda claridad, pues las luces de la casa seguían encendidas.

Su asesino tenía en las manos el arco y las flechas, y le apuntaba ya.

Pero antes de tensar el arco, antes de disparar, quiso darse la satisfacción, el placer, el gozo, de inquirir.

—No te esperabas que fuera yo, ¿verdad?

—No... No... —gimió Michael, cuyo cuerpo insignificante, poca cosa, parecía no ser nada, o aún menos que nada, en aquellas lamentables circunstancias.

—Pues sí, ya ves, soy yo —dijo el asesino. Y añadió—: Ahora te toca el turno a ti. Tienes miedo, ¿eh?

—Sí, sí —asintió Michael—, tengo miedo, pánico... No, no quiero morir... No puedo resignarme a morir. Te pido piedad... Te pido compasión... De rodillas, si quieres...

—No puedo complacerte. Ha llegado tu turno. A cada uno nos tiene reservado un instante fatídico el destino del que no podemos escapar.

—Pero yo no te he hecho nada malo —Michael seguía gimiendo, mientras sus pies continuaban clavados, paralizados, en el mismo lugar.

—Adiós, Michael. Que la eternidad sea generosa contigo... Que sea más generosa que yo...

Y tensando el arco, hizo que la flecha saliera disparada.

Su puntería resultó perfecta, infalible. La flecha fue a clavarse en la frente de Michael, entre ceja y ceja.

Michael cayó de espaldas, rodando aparatosamente por los escalones que había dejado ya atrás. Cuando llegó abajo, al suelo del vestíbulo, quedó allí totalmente inmóvil.

Estaba ya muerto.

Michael no quedó con los ojos abiertos, ni con la boca desencajada, como le sucediera a su hermano Bernard. Michael quedó todo él encogido, mermado, achicado, como alguno de esos animales que sólo haciéndose una bola intentan defenderse de sus enemigos.

Pero Michael había luchado contra un ser humano y el hacerse una bola no le había servido de nada. La flecha se le había incrustado entre ceja y ceja, inapelablemente. Una herida profunda, incisiva, que no podía fallar en su finalidad.

Instantes después, todos los que habitaban bajo el techo de aquella impresionante mansión, están allí en pie, en el vestíbulo, ante el cadáver de Michael.

Los tres sirvientes jorobados, el notario, los dos testigos. Y Dennis, Melissa, Diana y Fred Dorwell. Sí, todos. Sin faltar uno.

El ruido que hizo el cuerpo de Michael al caer por la escalera, lo habían oído todos. Así lo aseguraron.

Pero cuando unos y otros se dejaron ver, el asesino ya no estaba. Había desaparecido. Al parecer al menos así era.

Fred Dorwell se dirigió hacia el armario de los arcos y de las flechas.

—Lo que imaginaba —murmuró—, ahora sólo quedan dos... Y esto sigue cerrado, herméticamente cerrado —había constatado el hecho.

—¿Cómo puede esto explicarse? —le preguntó Melissa.

—Que aquella llave, la que yo arrojé al lago, no era la única. Existía otra. Y esa otra, desgraciadamente se halla en manos del asesino.

—Sí, claro, no cabe otra deducción posible. Pobre Michael... Yo que había llegado a sospechar de él...

—Cada uno sospecha del otro, es lo lógico, lo natural —dijo Fred—. Pero el cerco se está estrechando cada vez más, y a este paso...

—Sí, claro —asintió Melissa—. Comprendo lo que quiere decir. Los sospechosos somos cada vez menos.

—Indudablemente.

—Ahora sólo quedamos Dennis, Diana y... yo —tembló la voz de Melissa.

* * *

Aún no había llegado el inspector de policía, cuando Dennis cogió a su prima por el brazo y se la llevó fuera del despacho-biblioteca, que era donde se hallaban los demás.

—¿Qué quieres? —le preguntó Diana.

—Preguntarte a santo de qué le vas con cuentos al detective. ¿Te parece que está todo poco complicado, para que tú aún lo compliques más?

—No sé de qué me hablas.

—Lo sabes perfectamente. Le has dicho que nos viste a tía Marta y a mí besándonos. Ya sé que eso lo saben todos, que a ti te faltó tiempo para cometario, así que a Fred ha podido decírselo cualquiera... Pero, te conozco, Diana, y sé que has sido tú...

—Bien, sí —reconoció ella—; le he hablado de lo sucedido. Sin embargo, ¿qué mal hay en que lo haya hecho? Estamos en peligro, todos... En un grave peligro... Si nos sinceramos con él, con ese detective, quizá pueda llegar a ayudarnos, ¿no te haces cargo?

—Me hago cargo, simplemente, de todo aquello que ya no tiene sentido removerlo, es el pasado. Y es el presente, y el futuro, lo único que debe preocuparnos. ¡Y de qué modo! —exclamó.

—Ha muerto Michael... Sí, todo esto resulta horrible...

—Pero no nos engañemos —habló con descarnada claridad—, lo más horrible es que en el armario quedan aún dos arcos y dos flechas... De antemano están destinados a dos de nosotros tres...

—Es fácil deducirlo. Pero, ¿quién de nosotros puede ser capaz de semejante proceder, capaz de actuar de un modo tan salvaje, tan criminal, tan monstruoso...?

—Sólo quedamos tres. Melissa, tú y yo. Y como yo sé que yo no soy —aclaró Dennis—. Sólo Melissa y tú merecéis mis sospechas.

—¡Dennis!

—¿Qué quieres...? Puedo ser tonto, pero idiota no. De todos modos, te advierto, yo no voy a resultar fácil de eliminar. Me he provisto de un buen cuchillo... —se lo enseñó—. Acabo de afilarlo a conciencia. Así que descubra quién es el culpable de todas estas muertes, se lo incrustaré en el corazón... Antes de que acabe conmigo, yo acabaré con él...

CAPITULO VIII

El inspector de policía, que llegó acompañado de dos agentes en un coche patrulla, permaneció poco rato en la mansión. Tras hacerse cargo de los hechos y de todo lo sucedido, dijo que su presencia era requerida en otra parte y que, aun lamentándolo mucho, se veía forzado a dejar sus investigaciones para el día siguiente.

Antes de irse decidió romper los cristales del armario de los arcos y las flechas, y llevarse su contenido. Ya que con tales armas era como se llevaban a cabo las muertes en aquella casa, nada más razonable que dejar al asesino sin ellas.

Pero el asesino, por lo visto se había visto venir aquella reacción por parte del inspector de policía, y prueba de esto, es que cuando el inspector se dispuso a hacer lo dicho, se encontró con que los dos arcos y las dos flechas habían desaparecido. El armario estaba vacío.

Un hecho que dejó aún más estremecidos y angustiados a los nietos de Paul Moore, porque era un hecho que resultaba excesivamente elocuente y significativo.

Había que actuar por propia iniciativa. Esto al menos es lo que pensó Fred Dorwell al ver que el coche del inspector se alejaba. Hasta el día siguiente faltaban aún muchas horas. Demasiadas, sin duda, para quedarse con los brazos cruzados.

Se decidió a dar una vuelta a la mansión así que empezó a clarear el nuevo día. Conocía la edificación y su perspectiva, pero sólo desde la fachada principal, desde la explanada delantera. Pensó que una ojeada por la parte de atrás no podía estar de más.

No encontró nada de particular, pero le llamaron la atención los cactus que había por allí, formando un extraño, exótico y hermoso jardín.

Algunos de esos cactus, la mayoría, eran muy grandes, y sus gruesas púas debían tener de largas un mínimo de cinco centímetros. Realmente, resultaba un espectáculo con mucho encanto.

Pero él no estaba dando la vuelta a la mansión para ver el encanto que pudiera o no rodear a aquella propiedad, así que siguió adelante. Poco después estaba ya otra vez ante la puerta principal de la casa.

Dennis le había visto dirigirse hacia la parte trasera, y tomó la decisión de hacer otro tanto. Quizá también él estaba pensando en que no debía quedarse con los brazos cruzados.

Pero Dennis, así que estuvo allí, cerca de aquellos, enormes, exóticos y hermosos cactus, vio aparecer ante él a cuatro encapuchados. Los cuatro vestían iguales, de color gris oscuro. Las capuchas negras.

No se lo esperaba. Era ya de día y estaban a cuatro metros de la casa. Lo que sucedía, era que no había tenido en cuenta el hecho de que todas las personas que vivían actualmente en la mansión, ocupaban habitaciones

orientadas hacia el otro lado, así, como, por lo demás, se hallaban abiertos en la fachada principal los ventanales del despacho-biblioteca y demás estancias más asiduamente frecuentadas.

Permanecieron allí, en realidad, se encontraba lejos de donde pudieran prestarle ayuda... de necesitarla.

E iba a necesitarla. Acababa de constatarlo ante aquellos cuatro sujetos, altos fuertes, que acababan de aparecer ante sus ojos.

Sus dilaciones se lanzaron sobre él y empezaron a darle golpes y puñetazos sin contemplaciones, con toda la rudeza de que eran capaces. Sólo uno de los cuatro sujetos quedó a la simple expectativa.

Dennis pretendió recurrir al cuchillo que llevaba, para así poder defenderse mejor. Pero apenas el cuchillo apareció en su mano, los tres encapuchados atacando a la vez, se lo quitaron.

Hecho esto, parecieron haber conseguido lo que se proponían. Como si, en verdad, sólo les hubiera guiado desde el primer momento esa pretensión, quitarle el cuchillo que llevaba celosamente guardado.

Por lo menos, se fueron de allí, sin más. Dennis quedó tumbado en el suelo.

Aunque quizá se habían ido así, por las buenas, porque acababan de darse cuenta de que alguien se acercaba. Y ese alguien era Fred Dorwell, quien, de nuevo ante la fachada principal de la casa, parecía haber olfateado que ahora sucedía algo en aquel sector trasero de la casa.

—¿Está herido...?

—No, no —dijo Dennis, jadeante—. Afortunadamente no ha sucedido nada. Se han limitado a quitarme el cuchillo que llevaba... Eran cuatro encapuchados... Tres de ellos me han dado de lo lindo, eso sí... —y se puso en pie, si bien con grandes apuros.

—Apóyese en mí, si lo necesita —repuso Fred.

—No, puedo solo —pero iba medio tambaleante, como borracho—. De todos modos, gracias por haber aparecido... Creo que le han oído venir y que por eso me han dejado pronto...

—Yo creo —opinó Fred— que sólo pretendían quitarle el cuchillo. El asesino ha querido dejarle indefenso para, así, poder él actuar con más tranquilidad llegado el momento... El asesino quiere matar con la flecha... Además, se ha propuesto ser él personalmente quien elimine a sus víctimas... No, no quiere ayudas a la hora de la muerte, estoy seguro. Aunque esos hombres encapuchados están a sus órdenes, eso está claro...

En aquel instante» Peter el mayordomo, se presentó allí. Había oído ruidos y votes. Iba a ver que sucedía.

—Sí, algo ha pasado —le dijo Fred—, aunque afortunadamente nada irreparable. Ande, váyase ahora a descansar un poco —se dirigió hacia Dennis— se lo tiene merecido... Y procure —le previno— no separarse de los demás...

Fred Dorwell se quedó allí, con Peter, el mayordomo jorobado que ponía

expresión de asombro. Había visto ostensiblemente magullado el rostro de Dennis y no parecía comprender lo que había acontecido.

—Quisiera pedirle un favor, Peter —le dijo el detective así que Dennis se hubo alejado.

—Estoy a sus órdenes, señor.

—¿Podría echar un vistazo a la habitación, al dormitorio del matrimonio Moore? Me interesaría sobremanera.

—No faltaría más, señor. Venga.

Peter dio un paso hacia adelante, en el preciso instante que Fred Dorwell, torpemente, adelantaba un pie y le ponía la zancadilla. Si bien una zancadilla que de mal intencionada no había tenido nada, pues al parecer, al menos, había sido provocada del modo más casual.

Peter cayó de espaldas, sobre uno de aquellos cactus. Y Fred Dorwell con expresión de profundo disgusto se apresuró a disculparse.

—¡Cuánto lo lamento! Ha sido por mi culpa, que torpe he estado...

Pero la caída no había revestido la menor importancia, por lo que Peter se levantó enseguida.

—No ha tenido la menor importancia. No se preocupe, señor.

—Sí, sí —insistió Fred—. He estado muy torpe, toda la culpa ha sido mía. Créame que lo lamento de veras.

—Se lo repito, señor, no ha tenido la mayor importancia —y acto seguido —: Venga conmigo, señor. Le enseñaré el dormitorio del matrimonio Moore —mientras se dirigían hacia allí, escaleras arriba, amplió—: Desde que murió la señora, el señor durmió en otro dormitorio. Quiso que se arreglara bien la que hasta entonces había sido la estancia conyugal, y que todo quedara exactamente igual que cuando ella vivía.

Ya en aquella amplísima y lujosa habitación, Fred Dorwell echó, ante todo, una mirada circular. Quería buscar algo, no sabía qué, pero para hacerlo tenía que ponerse a abrir y cerrar cajones y demás. No había otro medio de hacerlo. Y claro, le cohibía la presencia y la mirada del sirviente.

Pero éste con tacto, le dijo:

—Le dejo solo, señor. Llámeme si me necesita.

—Gracias, Peter.

Entonces se puso a buscar algo que confirmara sus iniciadas sospechas. Algo que pudiera dar consistencia a esos recelos que se le habían metido dentro, no sabía si como mera obsesión si como auténtica realidad.

No encontraba nada, todo era normal.

Pero aún le quedaba por mirar en aquel pequeño y coquetón «secreter» situado en un extremo de la estancia.

Se acercó allí. Empezó a mirar por todas partes. No, no encontraba nada que llamara su atención. Todo era completamente normal.

Sin embargo, cuando ya iba a desistir de sus fines, Fred Dorwell encontró, en el fondo de un pequeño cajoncito, la huella de unos polvos blancos.

Pero había tan pocos, que le costó más de un minuto apoderarse de ellos,

recogiéndolos con un pañuelo.

Por lo demás, no encontró nada digno de atención, por lo que no tardó en salir de allí.

—¿Ha encontrado algo, señor? —le preguntó Robert, el otro sirviente jorobado. Dio con él antes de descender la escalera—. Me ha dicho Peter, que estaba buscando no sabía qué...

—No he dado con nada de interés —respondió Dorwell.

—¿Quiere echar una ojeada al dormitorio del señor? Últimamente dormía en una habitación individual —le preguntó el sirviente llamado Tom, que también se hallaba allí—. Quizá es ese cuarto encuentre lo que busca...

—No sé siquiera lo que busco —dijo Fred—. No creo que sea necesario mirar en el dormitorio del señor Moore. Gracias de todos modos.

Descendió la escalera. En aquel momento, Peter, el mayordomo, cruzaba el vestíbulo.

—¿Le ha ido bien, señor? —le preguntó.

—No, Peter —le mintió—. No he encontrado absolutamente nada.

* * *

Dennis se había quedado molido de la paliza recibida, pero esto no le impidió antes de nada, dirigirse a la cocina y apoderarse de un nuevo cuchillo. No quería estar indefenso.

Lo afiló. Lo afiló a conciencia. Lo mismo que había hecho con el otro, con el que acaban de quitarle.

Luego se fue al despacho-biblioteca, donde encontró a Alan Pottman, el notario, a los testigos, y a todos los demás.

—¿Qué te ha pasado...? —fue Melissa la primera en darse cuenta de sus magulladuras y de su aspecto en general, nada satisfactorio por cierto.

—No ha sido nada —dijo Dennis—. Pero ha podido serlo —y amplió en voz baja—: Estamos rodeados de enemigos... Creía que sólo debíamos temer a una persona, al asesino, por lo visto...

—No entiendo —repuso Melissa.

Se acercó Diana y su primo Dennis no quiso seguir hablando del tema. Dio la sensación como si Melissa ya no le inspirara recelo ninguno y como si ese recelo se lo inspirara ahora Diana.

—¿Te han pegado...?

Por lo visto, Diana no se conformaba con aquel silencio que había provocado su presencia. Así que, inquiría a las claras.

—Sí —dijo Dennis, viéndose obligado a responder.

—¿Quién ha sido? —volvió a preguntar ella.

—No lo sé —contestó a regañadientes.

—¿Cómo no vas a saberlo?

—Han sido cuatro encapuchados. Bueno, los que me han pegado han sido tres... —bien mirado, reflexionó, tampoco arreglaba nada dejando de explicar

lo sucedido.

De ello que, tras una breve pausa, se hubiera decidido a decirlo.

—¿Cuatro encapuchados...? —Y a Diana se le estremecieron todos sus músculos, todas sus fibras.

—Esto se está poniendo muy feo —opinó uno de los testigos.

—Demasiado feo —puntualizó otro testigo.

CAPITULO IX

Faltaban sólo tres días para que, cumplidos ya los quince que exigía la cláusula del testamento, pudieran irse de la mansión, dueños ya de la herencia legada por su tío Paul.

Una fortuna que ahora sólo tendría que ser repartida en tres partes iguales...

Michael reposaba ya en el panteón familiar, en el cementerio que se hallaba a unos kilómetros de Fostermann, a menos de uno de la mansión propiedad hasta hacía poco, de Paul Moore. Reposaba en ese cementerio rodeado de lagos cenagosos.

Fred Dorwell se había ausentado. Había subido a su coche, le había dado a la llave de contacto y se había dirigido a la ciudad.

Antes de marcharse, había dialogado con Melissa. Aunque de una forma breve, escueta.

—Voy a marcharme.

—¿Cómo...?

—Lo que ha oído. Voy a irme. Pero no se inquiete, no estaré fuera más de dos o tres horas.

—Me parece mucho tiempo... —Melissa demostró mucho miedo, miedo, a pesar de que ya hacía varios días que no sucedía nada malo.

—Procuraré regresar lo antes posible, esté segura de ello. Pero ahora debo irme, mi salida resulta inevitable.

—Pero..., pero... —tartamudeó la muchacha.

—Hasta mi regreso, permanecerá encerrada en su dormitorio. Ya lo hizo otra vez, ¿recuerda? No abrirá a nadie, bajo ningún concepto. Ni aunque le aseguren que la casa está ardiendo. ¿Entendido?

—Sí, sí, pero...

—Debo irme, no puedo evitarlo. Hasta pronto.

Y Fred Dorwell seguía ausente.

Lo que parecía no complacer a nadie, pues en realidad la presencia del detective daba la impresión de tranquilizar un poco a todos. Aunque bien sabían unos y otros, que el trabajo encomendado a Fred Dorwell era vigilar y proteger a Melissa, no a ellos.

Pronto sería la hora de cenar. Solían cenar a las nueve. Apenas dejaban sentir las campanadas del reloj del suntuoso comedor, Peter aparecía ante ellos, les hacía una inclinación, y les decía:

—La cena ya está dispuesta. Cuando ustedes gusten.

Dennis tenía deseos de estar en la mesa. No es que sintiera apetito, pero comprendía que le vendría bien llevar algo al estómago. Así los nervios se le irían de allí, aliviándole un poco.

Seguía muy alterado, a pesar de que últimamente todo marchaba bien. Pero presentía que aquello no seguiría así, que algo, de súbito, daría al traste

con aquella momentánea calma.

Los cuerpos de Bernard y Michael, sin vida, enterrados en el cementerio, eran una buena prueba de que el asunto no iba a acabar todavía. Además, quedaban dos flechas por ser disparadas...

Pasó ante la sala de música y oyó que sonaba el piano.

Esbozó una sonrisa. Las notas que desgranaba el piano, correspondían a una pieza musical que a él le gustaba mucho. A una melodía que a él le atraía enormemente. Siempre le había gustado, desde que era un niño.

Instintivamente, se dirigió hacia allí. Abrió la puerta y entró.

Vio a quien tocaba el piano, pero le vio de espaldas y no le reconoció. Siguió avanzando hacia allí, sin detenerse a pensar que en ello pudiera haber para él algún riesgo. ¿Qué riesgo podía haber en escuchar su canción favorita?

De pronto, la persona que interpretaba al piano aquella canción, hizo que el taburete girara, y se volvió hacia Dennis.

Dennis quedó aterrado. ¡A quien menos podía esperar era a aquella persona...! Una persona que, ahora se daba cuenta, sólo había estado tocando el piano con una mano. En la otra, en la que escondía tras su cuerpo, sujetaba un arco y una flecha.

—Pero..., pero... —balbuceó.

No hizo falta más para un asesino consciente de la importancia de cada segundo, se puso en pie ante él. Y también cerca de él, aunque no demasiado. En realidad tampoco le interesaba una cercanía excesiva.

¿A cuántos metros estaban uno del otro? ¡A unos cuatro o cinco! Posiblemente. Perfecto. Era la distancia adecuada.

Dennis se había quedado tan pálido, tan lívido, como si estuviera ya muerto. Pero aún estaba vivo, de eso que el corazón, con sus aparatosos latidos, pareciera que fuera a saltársele del pecho hecho verdaderos añicos.

—Ahora te toca el turno a ti. Te quería sin cuchillo, enteramente indefenso ante mi flecha, por eso mis hombres te lo quitaron... Bueno, a pesar de que ya sé que has cogido otro cuchillo, me atrevo contigo, ya ves...

Ante estas palabras, Dennis reaccionó, si bien sólo en parte. Bien mirado, otra cosa no podía pedírsele a un hombre que seguía sin salir de su pasmo, de su perplejidad.

Pero algo reaccionó, sí, y se llevó la diestra hacia el cuchillo recién mencionado, que llevaba dispuesto a enfrentarse a cualquier contingente. ¡Aunque no tan inesperado como el que estaba viviendo, caramba...! Esto sobrepasaba, rebasaba materialmente toda su capacidad de asimilación.

Bueno, lo cierto es que Dennis, a pesar de su cuchillo y de su inicio de reacción, se hallaba de antemano vencido y avasallado por su propia sorpresa. Se había quedado tan inmovilizado, o poco menos, que las otra víctimas.

La ocasión era sumamente propicia, por tanto, para eliminarle. Su asesino lo sabía. Lo sabía sin lugar a dudas.

Colocó la flecha en el arco, tensó éste, apuntó y...

—¡No! —exclamó Dennis, y alzó el cuchillo de un modo verdaderamente ridículo.

Porque ridículo resultaba aquel cuchillo a cuatro o cinco metros de distancia. Más aún, careciendo de los reflejos precisos para saber utilizarlo con un poco de efectividad. Aunque esto se debía, en verdad, más que a la distancia en sí, a la perplejidad que había anulado todos sus resortes.

Como fuera, fue absurdo su gesto de autodefensa. Aquel cuchillo alzado en el aire, sólo inducía a reír.

Es lo que hizo su asesino, entre dientes. Instantes después, la flecha salía disparada...

Se clavó en la frente de Dennis, entre ceja y ceja. Quedó allí clavada, incrustada, de una forma rotunda.

Dennis ahogó un grito, que en verdad casi careció de fuerzas. El espanto, el horror, se lo había detenido en la garganta.

Dennis cayó hacia atrás.

Pero Dennis no murió en el acto como les había sucedido a Bernard y a Michael. El iba aún a tener fuerzas, en medio de su terror, para pronunciar unas palabras:

—Tía Marta...

Pero no, no llegó a tiempo de decir nada más. Murió en aquel preciso instante.

El asesino no había perdido los nervios. No los había perdido ni por un solo instante en aquellas tres muertes que llevaba ya consumadas.

Pero en esta ocasión, hizo un alarde de calma, de serenidad. Volvió a sentarse en el taburete y siguió tocando, interpretando, durante un par de minutos más, aquella canción favorita de Dennis.

Fue como un regalo macabro que le hiciera como último presente.

* * *

Después de la muerte de Michael, el inspector de policía se había marchado de la casa diciendo que volvería al día siguiente. Adujo que su presencia era requerida en otra parte y que, aun lamentándolo mucho, se veía obligado a dejar sus investigaciones para más adelante.

Regresó al día siguiente, en efecto, pero no consiguió aclarar nada. Fue en realidad como si no se hubiera tomado la molestia de regresar. Todo quedó lo mismo.

Aquellas muertes, evidentemente, resultaban una incógnita indescifrable para él.

Pues ya tenía encima la tercera muerte: Dennis.

Fue encontrado en la sala de música, con la flecha clavada entre ceja y ceja. La misma muerte, exactamente que sus dos hermanos.

—Aquí falta alguien más... —dijo el inspector en esta ocasión, tras repasar a los que se hallaban presentes.

—Sí, falta el señor Fred Dorwell —dijo Melissa, que ante la presencia del inspector había decidido salir de su dormitorio.

—¿Dónde está? —quiso saber.

—No creo que tarde en volver..:

—He preguntado dónde está.

—No puedo decírselo, no lo sé.

Pero este suspense se prolongó poco. En aquel momento la voz del detective sonó muy cerca de ellos.

—Aquí estoy, inspector. Para lo que guste mandar.

—Viene de fuera, ¿eh? —y se lo preguntó como si en aquel hecho estuviera el quid de la cuestión.

—Sí —afirmó Fred.

—¿Puede saberse adónde ha ido?

—Asuntos —se limitó a decir.

—¿Asuntos de qué clase? —se empeñó en saberlo.

Pero a Fred Dorwell se le había acabado la paciencia, quizá porque en realidad tenía muy poca. Así que le replicó.

—Mire, inspector, tengo testigos de donde he estado. Todos los testigos que usted guste. Así que yo, de usted me preocuparía de los demás, del asesino que anda suelto bajo este techo y que por lo que veo ya se ha cargado a otro... Olvídese de mí, cuya única misión aquí es la de proteger a la señorita Melissa.

—Después hablaremos de donde ha estado y de quienes pueden corroborarlo así —carraspeó el inspector—. De momento, sí, voy a encargarme de lo demás.

Volvieron los interrogatorios, en esta ocasión tan largos, tan prolongados que resultaron verdaderamente exhaustivos.

Pero, nada, el inspector no consiguió aclarar nada. No consiguió dar con la menor pista. Todo aquello lo veía cada vez menos claro. Así lo reconoció.

—Pues sí que vamos bien... —rezongó Fred. Había de añadir—: A este paso, vamos a quedar muy pocos...

El inspector se fue de la mansión. Una vez más dando órdenes de llevar a cabo la autopsia del muerto, lo mismo que se había hecho con casos anteriores.

Pero nada, todo aquello no iba a llevarles a ninguna deducción positiva, ni a ninguna salida práctica. Todos ellos lo sabían. El caso se repetía con machacona insistencia.

—Fred...

Melissa se había acercado al detective.

—Dígame.

—Se ha ido el inspector, de nuevo sin encontrar al culpable. Y sin la menor idea de quién puede ser... —había una creciente inquietud en sus preciosos ojos azules.

—Sí, ya lo he visto.

—Éramos cinco herederos. Ahora sólo quedamos dos, Diana y yo... Y yo —tembló Melissa— sé que soy inocente. Entonces, forzosamente, tiene que ser ella. ¡Que asustada estoy! ¡Qué asustada!

Se cobijó en el pecho de Fred Dorwell, mientras éste alzaba los brazos y la rodeaba el cuerpo, queriendo sin duda, infundirle el valor que le faltaba.

—Pero Diana es mi hermana, ¿comprende...? Resulta horrible, espantoso, sospechar de ella... No, no creo que haya sido capaz de esas muertes... ¡No, no lo creo!

—Pues no lo crea —dijo Fred.

—¡Pero sólo quedamos ella y yo! —exclamó—. ¡Oh! Sólo de pensarlo se me hace un nudo en la garganta.

—Desde luego no hay para menos. Pero, tranquila, señorita Melissa, ¿no me tiene a mí, su guardaespaldas? Yo no voy a permitir que el asesino se meta con usted.

—¿A qué ha salido? —Preguntó Melissa—. ¿Qué ha estado haciendo durante estas cuatro horas? ¿No puedo saberlo ahora?

—Será mejor que se lo explique un poco más adelante.

—Parece no tener confianza conmigo...

—¡Claro que sí! ¡Cómo no tenerla con una muchacha tan bonita, que por primera vez en mi vida me está haciendo pensar en el matrimonio!

—Este no es el momento adecuado para bromear, ¿no cree? —le reprochó un poco.

—Si no bromeo —lo dijo con gesto grave, muy grave—.

Estoy hablando completamente en serio, créame.

CAPITULO X

Fred Dorwell se dirigió a su dormitorio luego de asegurarse de que Melissa quedaba en el suyo, bien cerrada por dentro.

De todos modos, estaba dispuesto a dormir con un ojo cerrado y el otro abierto. Sabía que no podía concederse el menor descuido.

En cuanto al cadáver de Dennis, se lo habían llevado en una ambulancia para la autopsia. Lo mismo que se llevaran el de Bernard y días después el de Michael.

Igual que en tales casos, cuando devolvieran el cuerpo se llevaría a cabo el entierro.

Lo mejor que podía hacer, a la espera de los siguientes acontecimientos, era descansar un poco. Y esto era lo que Fred Dorwell se disponía a hacer.

Pero así que entró en su dormitorio, se encontró con la sorpresa de que Diana estaba allí.

Y si estaba allí, no era simplemente para dialogar. De esto, por descontado, no cabían dudas de ninguna clase. La muchacha se había desabrochado la blusa que llevaba y aparecía a la vista de Fred un lindísimo sujetador, que, por otra parte, apenas tapaba una mínima parte de sus sugestivos y llamativos senos.

—¿Usted, aquí...? —se sorprendió el detective.

O hizo ver que se sorprendía, pues la verdad es que estaba acostumbrado a tener mucho éxito con las mujeres. Éxitos que él, desde luego, no tenía por costumbre dejar pasar por alto. Era un hombre como los demás, posiblemente más potente y viril que muchos, y ciertas oportunidades no podía permitir ciertamente que se le escapasen.

—Sí, yo —sonrió Diana. Y preguntó—: ¿Le molesta que haya venido? Si le molesta, me lo dice y me largo...

Pero mientras decía esto, se desprendió por completo de la blusa y se soltó con lentitud, con gestos voluptuosos, la cinturilla de la falda, por lo que ésta se deslizó hasta sus pies.

Fred Dorwell pudo constatar que sus brevísimas bragas hacían un juego delicioso, encantador, con su lindísimo sujetador.

—No me molesta, que esté aquí, todo lo contrario... —dijo el detective—. Pero, ¿que pretende? —quiso saber.

—Lo que pretendo, supongo que salta a la vista. ¿O acaso está usted mal de los ojos y no termina de ver bien la perspectiva...?

Amplió tal perspectiva, pues se desprendió del sujetador, apareciendo desnuda de cintura para arriba. Surgieron erguidos y turgentes sus senos.

Pero no se conformó con eso, pues eliminó asimismo las bragas, quedando en un desnudo completo, integral. Un descarado y apremiante desafío, indudablemente, a los instintos del hombre que estaba ante ella.

Además, al poco se acercó al detective, siendo ella misma quien empezara

a quitarle la ropa a él.

—Estoy dispuesta a demostrarle lo muy mujer que soy.

—Bueno..., bueno... —dijo Fred—. Ya sé que pretende algo, que algo se lleva entre manos... opero, ¡caray!, uno no es de piedra y lo primero es lo primero...

Poco después estaban ya en la cama, abrazándose, besándose, haciendo el amor.

Sólo después de esto, Diana se permitió el decir:

—Eres adorable, un hombre de esos que encandila a la primera... Pero si he venido esta noche aquí, no sólo ha sido por eso...

—Ya, ya... —asintió Fred.

—La verdad es que sólo a tu lado dejo de tener miedo del asesino. Así, pues, me he dicho: «si pasas la noche con él, estarás a salvo...» Por lo que estoy dispuesta a repetir la próxima noche y la otra, y la otra... Hasta que pueda marcharme de aquí, soy tuya si quieres...

—Muy amable.

—Después, nos despediremos tan amigos, no te plantearé problemas de ningún género. Como ya te habrás dado cuenta no es la primera vez que me acuesto con un hombre... En esto, lo reconozco, soy una veterana... Siempre he querido ser libre y hacer lo que me apetezca, ¿sabes?

—Y tu hermana ¿qué...? —se interesó Fred.

—¿Qué de qué...? —preguntó Diana.

—De eso, de ser muy libre, de hacer...

—Ella es distinta, está cargada de romanticismo. Dice que cuando se case, quiere llegar virgen al matrimonio. ¡Habrás visto semejante cursilería en estos tiempos!

No siguieron hablando de Melissa. A Diana le había encantado la experiencia vivida y deseaba repetir.

Pegó contra Fred su cuerpo desnudo, de formas tentadoras, y empezó a besuquearle de nuevo.

Pero Fred quería seguir hablando, así que la apartó un poco y dijo.

—Pasando las noches conmigo te defiendo del asesino durante unas horas, pero, ¿y si te ataca durante el día?

Notó que el cuerpo de Diana se estremecía entre las sábanas, junto al suyo. Ahora no se estremecía de placer, sino de miedo.

—No me hables así... —suplicó.

—Debo de ser sincero —dijo Fred—, Durante las horas del día yo me debo exclusivamente a Melissa y tu vida corre mucho peligro —al poco añadía—: A menos que tú quieras colaborar conmigo...

—¿Colaborar contigo? —se extrañó.

—Sí, es lo que he dicho. En tal caso, en un abrir y cerrar de ojos cazaríamos al asesino. Sería cosa hecha.

—¿Sí? ¿Cómo?

—Para eso..., tendrías que hacer lo que yo te dijera. Sin embargo,

comprendo que para hacerme caso necesitarías una buena dosis de valentía...

—¿Valentía? —volvió a estremecerse—. ¿Me pides valentía a estas alturas?

—Piensa —repuso Fred—. Que si algo te pido es porque yo estaría protegiéndote... Nadie lo sabría, pero yo estaría muy cerca de ti... así que surgiera el asesino, aparecería yo y le daría caza...

—¿Y si no llegaras a tiempo? —preguntó.

—Yo siempre llego a tiempo —contestó Fred.

—¿Y por qué has de pedirme esto a mí? —Quiso saber Diana—. ¿Por qué no se lo pides a Melissa?

—Porque Melissa es —sentenció Fred Dorwell— la única persona que no está en peligro —y aclaró—: La próxima víctima serás tú.

—Si Melissa es la única que no está en peligro, ¿qué papel es el tuyo aquí, defendiéndola?

—Yo no tengo más papel que el que me han hecho desempeñar. Pero ha sido un papel falso, sin sentido... He llegado a esta conclusión, y no, no creo equivocarme.

—No entiendo bien lo que dices —repuso Diana.

—A mí me basta con que te animes en colaborar conmigo. Anda, preciosa, ten confianza en mí. Si haciendo el amor yo soy el no va más, ¿no me has dicho eso?, pues también puedo serlo como detective, ¿no te parece?

—Sí... —murmuró, aunque no excesivamente convencida.

—¿Qué? ¿Te animas?

Pero fue Fred Dorwell quien terminó animándose de nuevo, en otro sentido, claro, y Diana no supo resistirse, y entre suspiro y suspiro de placer, dijo:

—De acuerdo... de acuerdo..., Fred... Haré lo que tú digas.

Poco después le decía de qué se trataba.

—Después del entierro de Dennis, tú seguirás allí, en el cementerio. Dirás que sientes deseos de quedarte sola y de rezar un poco... Esto es todo lo que tienes que hacer.

—¿Te parece poco?

—Eso —dijo Fred— si no te doy ninguna contraorden. Antes de llevar a cabo ese experimento, necesito asegurarme de algo...

—¿De qué? —preguntó.

—Te lo diré a su debido tiempo.

—Bien, Fred —y como queriendo de antemano cobrar ánimos, la muchacha suplicó—: Anda, bésame... Bésame... Que al menos me maten con el sabor de tus besos en mi boca...

—No morirás, estate tranquila —le aseguró Fred Dorwell.

* * *

Durante aquel día, Fred se alejó de la mansión. Desapareció camino de los

lagos cenagosos, tan tranquilo, tan campante. Al parecer al menos.

La verdad es que continuamente miraba de soslayo y que a menudo, al menor sonido raro, llevaba la diestra hacia su automática bajo el sobaco.

Pero no vio a nadie, ni encontró a nadie, así que pudo llegar tranquilamente hasta donde deseaba y pudo, asimismo, hacer lo que pretendía.

¿Qué era eso...?

Ya de regreso, Diana se lo preguntó, volvió a preguntárselo. Pero Fred no soltó prenda. Esquivó la pregunta lo mejor que pudo.

Tampoco satisfizo la curiosidad de Melissa.

—A veces me causa la sensación —le dijo ésta— que me tiene, más que como a su defendida, como a una persona más de las que viven bajo este techo. En fin, que creo que desconfía de mí.

—No diga tonterías, Melissa. De eso, ni hablar. Tengo plena confianza en usted.

—Me parece que no lo dice con un tono muy convincente.

—Imaginaciones suyas.

—No, no... —Melissa dio un par de pataditas en el suelo—. Usted desconfía de mí. Ahora le ha dado por depositar su fe en Diana... Por una parte no me parece mal, porque es mi hermana..., pero... —se detuvo. Luego dijo, con sus ojos azules chispeantes—: Ayer noche la oí entrar en su dormitorio. Estuve esperando oírla salir...

—¿De veras? —Fred se atragantó un poco.

—Pero no la oí salir hasta esta mañana.

—Tiene el oído muy fino, ¿eh?

—Puede que lo tenga muy fino, pero ¡usted es un fresco!

—No quiero llevarle la contraria a una muchacha tan seductora como usted.

—Pero yo no voy a ofrecerle postres gratis, que se entere.

—Para pasar un buen rato a su lado, antes hay que plantearse la cuestión en serio, ¿es esto lo que quiere decirme?

—Sí —aseguró Melissa, que evidentemente estaba celosa.

Fred Dorwell sonrió y dijo:

—Me lo pensaré.

CAPITULO XI

El entierro había concluido un poco más tarde de lo que se esperaba, por lo que las sombras de la noche empezaban ya a oscurecer el panorama. El ya, de por sí, tenebroso panorama.

Uno a uno, los presentes se fueron retirando. Pero Diana quedó allí, arrodillada, diciendo que necesitaba quedarse sola y rezar por el alma de sus primos. Por el alma de aquellos tres desgraciados con los que de niña había jugado alegremente.

—Se está haciendo de noche... —adujo Melissa, no gustándole, por lo visto, la idea de que se quedara sola.

—Es lo mismo —contestó Diana.

—Dígale que regrese —Melissa se dirigió al detective en voz baja—. Dígale que se arriesga excesivamente quedándose aquí sola.

—Si ella quiere quedarse un poco más y rezar, no podemos oponernos — respondió Fred Dorwell.

—Desconocía esta faceta en la personalidad de Diana —repuso Melissa—. En fin, si quiere quedarse... —pero se dirigió de nuevo a su hermana, diciéndole—: No tardes.

—No, no tardaré —le contestó—. Estaré sólo unos minutos. Podéis iros tranquilos. En tan poco tiempo no ha de sucederme nada.

Se fueron todos.

Diana se quedó sola.

No rezaba porque no recordaba ni una sola oración. Pero de recordarla, la oración se la hubiera dirigido a sí misma. Estaba muerta de miedo.

Sin embargo, de rodillas ante el panteón familiar, con la mirada baja, las manos juntas, nadie hubiera dicho que era aquél su estado de ánimo.

Desde luego, estaba agudizando el oído. Quería saber si alguien se acercaba.

De pronto, instantes después, ya no le cupo la menor duda. Unos pasos se aproximaron. Los oía a sus espaldas, avanzando lentamente.

Sabiendo que se trataba de su asesino, tragó saliva antes devolverse. Quería coger fuerzas antes de tener que vérselas con aquel plato, evidentemente demasiado fuerte para su pobre estómago.

Pero sus precauciones no sirvieron de nada, porque al volverse y ver quien era su asesino, la boca se le llenó de saliva. Como si le volviera a subir al paladar la que ya había tragado. Como si otra, fabricada de súbito, quisiera inmovilizarla el habla.

Había quedado aterrada.

—¿Tú..., tú..., tú...? —y como una tonta, como una estúpida, como una retrasada mental, no se le ocurría otra cosa que decir.

—Sí, yo —dijo tío Paul.

Porque era Paul Moore, más sano y salvo de lo que pudieran estarlo en

toda su vida, quien se hallaba ante ella. Para no variar, llevando en sus manos un arco y una flecha.

—Pero si te vi muerto... —jadeó Diana, que encontró ánimos, ni supo de donde, para ponerse en pie.

—Me viste quieto, inmovilizado, con una fría rigidez en todos mis miembros, con el corazón detenido... Acababa de tomarme un narcótico, de origen africano, algo que iba a hacer aparente mi muerte... Simularía un ataque cardíaco... Sí, es lo que diagnosticó mi médico... Pero yo sabía que pasadas cuarenta y ocho horas, los efectos del narcótico desaparecerían y volvería a mí...

—Sin embargo, para entonces ya ibas a estar enterrado... —murmuró Diana.

—Y lo estuve, si bien en un ataúd que permitía la entrada al aire, al oxígeno. Sí, sabía que no moriría de asfixia. Por lo demás, mis tres sirvientes, Peter, Robert y Tom, se encargarían de sacarme de allí. Todo estaba debidamente organizado.

—Tus tres sirvientes jorobados...

—No son jorobados —dijo Paul, en cuya expresión el odio imprimían su huella con pavorosa y escalofriante fuerza—. Les hice ponerse la joroba para que a los ojos de mis sobrinos, y de todos, parecieran inofensivos. Para que al aparecer esos encapuchados altos y fuertes, nadie recelase de ellos.

—Pero todas esas muertes, ¿por qué, tío Paul?

—Porque uno de vosotros envenenó a tía Marta, mi esposa, y esa muerte no podía quedar sin venganza. Ella misma, lo confieso, fue quien me sugirió la idea... Además de la carta que encontrasteis en el cajón de mi mesa de escritorio, me escribió otra... Y en ésta, sí, me dio la idea de acabar con todos, modo infalible de acabar con el culpable. Bueno, de acabar con todos no —se corrigió a sí mismo—. Melissa no le inspiraba ninguna duda, ningún recelo, así que me rogó que la dejara con vida.

—Nunca hubiese podido... podido... imaginar que... que... —Diana balbuceó cada vez más.

Sí, cada vez más porque su terror iba en aumento. Sobre todo, porque no veía aparecer a Fred Dorwell por ninguna parte. Ni rastro de él. ¿Estaría acaso, tras alguna de las lápidas mortuorias que había por allí...?

—Cuando tú estés muerta —dijo tío Paul— sabré ya de fijo que el asesino de Marta ha purgado su culpa. Esa convicción me hará sentir un placer inefable.

—Yo no... no... fui, te... te lo juro —las palabras de Diana salían a trompicones de su boca—. Puedes dejarme con vida...

—Ni hablar de eso. Menos aún, cuando me has puesto tan fáciles las cosas... ¿Cómo se te ha ocurrido, insensata, quedarte aquí, a solas...? En fin —quiso concluir—. Esta situación no debe prolongarse, podría entrañar riesgos para mí, y quiero que todo resulte perfecto, sin un fallo, como era el deseo de Marta.

Cogió el arco, colocó la flecha y apuntó.

Llena de terror, de pánico, de horror, Diana miró a su alrededor. Pero no vio al detective. Sólo vio lápidas, cruces, panteones, y algún que otro ciprés.

Pensó que su fin estaba próximo y que había sido una loca accediendo a actuar de aquel modo.

Sin necesidad de esperar a más, tío Paul tensó el arco y disparó la flecha. Con la misma puntería infalible de otra veces. Como siempre, era aquella sentencia inapelable.

Pero sonó un disparo y la flecha, a medio trecho, mientras rasgaba el aire con su velocidad, quedó partida en dos ante el impacto de una bala.

Tío Paul dio un paso atrás, perplejo ante aquel hecho inesperado. Con el que, por descontado, no contaba.

Diana respiró hondo, encontrando ya fuerzas para despegar sus pies de aquel trozo de tierra. Hasta entonces, había permanecido allí como si la hubieran sujetado con clavos.

Fred Dorwell apareció de pronto. Había permanecido, por lo visto, tras la estatua de un panteón situado a escasos metros de aquel lugar.

—A mí no me ha sorprendido usted, señor Moore —dijo Fred, con voz pausada, mientras en su mano seguía la pistola que acababa, con su certero disparo, de salvar la vida a la muchacha—. Yo sabía que usted vivía... Empecé a sospecharlo hace días, pero lo he sabido de fijo esta mañana... He venido hasta aquí y he levantado la losa de su tumba... luego he abierto el ataúd... Estaba vacío... Lo que me había imaginado...

El rostro de Paul Moore se había cubierto de súbitas y profundas arrugas. Fue como si, de pronto, le hubieran caído encima veinte años más.

—En realidad, ha sido lógico que sospechara de usted, señor Moore —dijo Fred Dorwell—. Si su fortuna personal ascendía a ochocientas mil libras, ¿por qué en el testamento sólo aparecían seiscientas mil? ¿Qué se habían hecho de las doscientas restantes? En seguida me vino una idea al pensamiento: que las había reservado para alguien... Pero, ¿para quién? De ser alguien humano, ¿por qué no cedérselas en el testamento como a los demás? Respuesta, porque no las cedía a un ser vivo, sino a un ser muerto... A usted mismo. Lo que demostraba, ya en principio, que usted no estaba muerto, sino vivo...

—Contraté sus servicios para que se pusiera a mis órdenes, no para...

—Contrató mis servicios para despistar a todos... —y añadió—: Quiso que el culpable pareciera uno de sus sobrinos, ¿no? Y un buen modo de conseguirlo, era el hacer que Melissa necesitaba quien le defendiera... Para apuntalar bien esta cuestión, dejó la carta de su esposa Marta en el escritorio... Todo bastante bien tramado...

—Estoy dispuesto a pagarle bien —dijo Paul Moore—, Si olvida que me ha visto. A ti también, Diana.

—Nunca me han comprado, señor Moore —contestó Fred Dorwell—. Lo lamento por usted. Por lo demás, usted ha cometido tres crímenes y debe

pagar por ellos... Por los crímenes hay que pagar siempre...

—¡Pues uno de mis sobrinos mató a mi esposa! —Exclamó Paul Moore—. ¡Por eso tenía que vengarme! Y como ignoraba quién era el que lo había hecho, el único medio era...

—Liquidarlos a todos.

—¡Sí! ¡Sí! Menos a Melissa.

—La idea se la dio su propia esposa, he oído cómo lo decía. Aunque ya lo presumía...

—Olvídese de que existo —insistió Paul Moore— y pondré a su disposición una cifra de dinero suficiente para...

—No hay, no puede haber cifra, lo lamento —le atajó Fred. Y preguntó seguidamente—: ¿Sabe qué hizo que pensara en usted, de nuevo, como presunto sospechosos? Se lo diré, en aquellos encapuchados que me atacaron no intentaran matarme, sino simplemente apoderarse de la llave que iba a arrojar al lago, cuando luego se demostró, al desaparecer un nuevo arco y una flecha sin ser rotos los cristales de la vitrina del armario, que el asesino tenía una segunda llave. Así, pues, existía una segunda llave, y aquí surgió mi sospecha, ¿qué sentido había tenido la comedia representada? Sólo podía en verdad tener una finalidad, hacer creer que el asesino disponía de una única llave, lo que, por descontado, claro está, alejaba las sospechas del dueño de la casa, si es que a alguien podía ocurrírsele sospechar de un muerto... Pero yo no me asusté y arrojé la llave al lago, por lo que le forcé a sacar a relucir la otra que tenía... Sí, eso me hizo pensar de nuevo en el dueño de la casa, evidentemente... Por lo demás —prosiguió Fred— si me atacaron tres encapuchados y ante mí habían cuatro, ¿qué explicación podía tener ciertamente tal circunstancia? Sólo una, que el cuarto encapuchado no estaba para pegar, y mucho menos para recibir, porque era viejo... Y si era viejo, ¿de quién podía tratarse? Una a una, señor Moore, las deducciones me llevaban hacia usted...

No dijo nada Paul Moore, incapaz de vérselas con los ímpetus precisos para reaccionar, no sólo ante los hechos, sino ante la sagacidad de Fred Dorwell.

Este prosiguió:

—Pensé que los tres encapuchados podían tratarse de sus tres sirvientes, Peter, Robert y Tom. Pero éstos eran jorobados o por lo menos como tales se presentaban ante nosotros... Tenía que averiguar qué había de cierto. Por eso me las ingenié para que Peter diera un traspié y cayera sobre uno de los cactus de la mansión... Cayó de espaldas, pero se levantó enseguida asegurando que no había tenido la menor importancia. Sin embargo, había caído sobre un cactus cuyas gruesas púas tenían varios centímetros de largas... Entonces, ¿cómo no se había herido? Sencillamente, porque las púas no se las había clavado en la espalda, sino en la joroba postiza... En conclusión, tenía ya la identidad de los encapuchados...

Y a éstos, los cogió bajo sus órdenes el fallecido Paul Moore, ¿no es

cierto? Otra circunstancia que me llevaba hacia usted.

—Ya veo que cometí un error al contratarle a usted. Debí contratar a otro menos competente.

—Sí, cometió un grave error —admitió Fred Dorwell—. Francamente, no puedo decirle lo contrario.

—De todos modos, no crea que me ha dado caza —repuso Paul Moore, y empezó a retroceder—. Usted desconoce esos terrenos y yo por el contrario los conozco como a la palma de mi mano...

—No intente huir, señor Moore —advirtió Fred—. Tengo una pistola en la mano. Sería lamentable que me obligara a disparar.

—Sí, voy a huir —afirmó—. Daré media vuelta y echaré a correr... Usted, dado lo joven que es, podría alcanzarme muy pronto... Pero, cuidado, se lo prevengo, estos terrenos son pantanosos, un paso en falso y dejará aquí la vida... En cuanto a disparar con su pistola, no creo que lo haga. Disparar por la espalda es cosa fea, y más a un viejo... A un viejo que no ha hecho otra cosa que vengar la muerte de su esposa...

—No huya —dijo Fred—. No complique las cosas. Acepte que ha perdido y...

Paul Moore no le hizo caso y se precipitó hacia la salida del cementerio.

Instantes después, huía entre los lagos y sus cañaverales. Un lugar donde las sombras eran ya intensas. Donde cada paso resultaba, evidentemente lleno de riesgos.

Fred Dorwell le siguió. No podía dejarle escapar, aunque, por descontado, no quería hacer uso de su pistola.

Sin embargo, Paul Moore huía nervioso, alterado, de eso que, a pesar de lo que había dicho, que conocía aquellos terrenos como a la palma de su mano, tardara apenas unos pocos minutos, unos breves minutos, en pisar terrenos movedizos.

Un terreno del que creyó poder salir, pese a todo, con facilidad. Pero no, no fue así. Vio que se hundían sus pies en el fango y luego sus tobillos, y al poco se vio cubierto hasta más arriba de las rodillas.

Entonces empezó a gritar. ¿Para que acudiera Fred Dorwell y le salvara de una muerte tan horrible como aquélla...?

No.

Ciertamente, no.

La prueba de ello, que cuando Fred Dorwell llegó hasta donde estaba y le tendió una rama de árbol, para que se sujetase, se negó a aceptar la ayuda que el joven le brindaba.

Para entonces Paul Moore había dejado ya de gritar. Como habiéndose tragado antes todo su miedo, su espanto, todo su terror.

—No sea loco y cójase a la rama —le dijo Fred —. Yo estiraré y usted se salvará...

—¿Y qué iba a conseguir con eso —inquirió Paul Moore, ya con fango hasta más arriba de la cintura—. Los jueces no iban a ser benévolos

conmigo... Por lo demás, el asesino de Marta ya está muerto, sí, porque no creo que fuera Diana quien la envenenara... Bueno, si el que la envenenó ya no vive, yo puedo ya morir tranquilo...

—¡Cójase a la rama! —Exclamó Fred Dorwell—. No elija una muerte tan horrible, tan espantosa... No sea tan insensato...

Paul Moore no le hizo caso y fue hundiéndose implacablemente en aquella agua cenagosa, en aquel lodo viscoso. Fue hundiéndose poco a poco limitándose a mirar a lo lejos de una forma extraña.

Sólo cuando, ya el fango le llegaba a la garganta, murmuró:

—Dígale a Melissa, de parte de mi esposa, que... que... estará muy guapa con sus abrigos de visón... —y añadió—: Están en el armario de su habitación, tal como ella los dejó... Mi esposa me rogó, que en cuanto mi venganza se hubiera cumplido por completo y yo estuviera viviendo lejos, en un lugar desconocido, donde nadie hubiera de poder encontrarme jamás, que le diera a Melissa ese encargo... A mi esposa le encantaban sus abrigos de visón, de eso, supongo, que en sentido cariñoso... A Melissa siempre la quiso mucho...

No pudo seguir hablando. Había seguido hundiéndose en el agua cenagosa, en aquel lodo viscoso. Allí desapareció su cabeza. Aunque lo último en desaparecer fueron sus manos, que alzándose en el aire parecieron querer aferrarse, por un instante, a una vida que yo no podía salvar.

* * *

—¿Eso le dijo tío Paul? ¿Que tía Marta le dijo que yo estaría muy guapa con sus abrigos de visón...? —Melissa se había quedado extrañada al oír esto —. No termino de encontrar sentido, después de todo lo sucedido...

—Yo sí le encuentro sentido —repuso Fred.

—¿De veras? —preguntó Diana que estaba presente en la conversación.

—Sí —afirmó Fred Dorwell—. Porque en uno de los bolsillos de esos abrigos, debe haber una carta, una nota... Unas líneas que terminarán de aclararlo todo...

—¿Aclararlo? —preguntó Melissa.

—Sí, eso he dicho —ratificó Fred—. Porque, en realidad, aún no se sabe quién envenenó a tía Marta... Bueno, yo sí lo sé...

—¿Usted lo sabe? —y Melissa parpadeó.

—Sí, desde que encontré, en la habitación de tía Marta, en el pequeño cajoncito de su secreter, unos polvos blancos. Unos polvos que cogí y llevé a un laboratorio, a analizar. ¿Recuerda que la dejé sola durante unas cuatro horas?, pues fui a eso...

—¿Y quién mató a tía Marta? —inquirió Diana al detective—, Ande, dígalo. Dígalo antes de que aparezcan esa carta o esa nota, o lo que sea... Si es tan listo...

Fred Dorwell no tardó en responder.

—Se mató ella misma.

—¿Qué dice? —Melissa temía no haber oído bien.

—Sí, ella misma se envenenó —dijo Fred.

Poco después, buscaban en los bolsillos de los abrigos de visón. Y sí, en efecto, en uno de ellos había una carta. Decía:

> «Querida Melissa:
>
> »Cuando leas estas líneas, todos habrán muerto ya. Todos menos tú, porque tú fuiste la única que nunca se burló de mis sentimientos, y por ello mereces vivir.
>
> »Voy a envenenarme, pero antes de hacerlo dejaré escritas un par de cartas a Paul. Tras su lectura, Paul no dudará de que mi asesino es uno de sus sobrinos, y lleno de odio, tras simular su propia muerte, os diezmará uno a uno. Implacablemente. Menos a ti, ya te lo he dicho.
>
> »Sabes que estoy loca de amor por Dennis y que éste me ha despreciado. Sabes que tu hermana Diana nos vio besándonos y que le faltó tiempo para ir a contárselo a tus primos. Sabes que todos se rieron y se burlaron de mí sin la menor piedad.
>
> »Lo que no sabes, Melissa, es que yo no puedo vivir de este modo y que prefiero morir, porque así, muriendo, tras mi muerte llegará mi venganza. Mi cruel e implacable venganza, que no habrá sido en realidad más que una trampa diabólica.
>
> »Esto es todo. He querido que lo supieras. Tu tío Paul estará en algún sitio, no sé dónde. Si algún día le encontraras por casualidad, no le expliques esto. Que siga creyendo que siempre le amé a él.
>
> »Marta.»

CAPITULO XII

—Se ha convertido en una muchacha demasiado rica —dijo el detective.

—Nunca es demasiado, creo yo —contestó ella.

—Yo creo que sí. ¿Sabe por qué? A mí no me gusta vivir de las rentas de mi esposa.

—Pero podría, con el dinero de su esposa —sonrió Melissa—, fundar la oficina de detectives más famosa de Londres. ¿Qué le parece la idea?

—No mala del todo —reconoció Fred.

—Bien mirado —añadió ella— usted sabe de antemano, que por muchos detectives que acepte en su plantilla, ninguno será tan listo como usted.

—Acepto el cumplido.

—¿Y me acepta a mí como esposa, a pesar de mi dinero?

La respuesta fueron dos pasos adelante, un abrazo intenso y un beso apasionado. Un beso de esos que Fred Dorwell reservaba para las ocasiones.

FIN